

AGENTES de DREAMLAND

CAITLÍN R. KIERNAN



En una calurosa mañana un agente especial del gobierno llega a Winslow, Arizona, y se reúne con una mujer para intercambiar información sobre un suceso inexplicable que ha ocurrido unos días antes.

En un rancho cerca del mar de Salton el líder de un culto ofrece a sus seguidores algo en lo que creer: el futuro se aproxima y ellos van a participar en su llegada.

Un día después de los acontecimientos en el rancho que inquietaron tanto al agente del gobierno como para buscar ayuda de “otras” fuentes, el Laboratorio de Física Aplicada de la Universidad Johns Hopkins pierde contacto súbitamente con una sonda interplanetaria de la NASA, que ha encontrado algo extraño más allá de la órbita de Plutón.

Y una mujer que flota fuera del tiempo busca en el futuro y en el pasado respuestas que puedan salvar a la humanidad.

Caitlín R. Kiernan

Agentes de Dreamland



Título original: *Agents of Dreamland*
Caitlín R. Kiernan, 2017
Traducción: María Pilar San Román, 2018

(AG)

Revisión: 1.0

Para Kathryn

En algún momento tendrás que comprender que una respuesta y una solución no son la misma cosa, y a veces una historia no es más que una excusa.

Nic Pizzolatto^[1]

1. Local 171 de los Oddfellows^[1] (9 de julio de 2015)

La escena es la siguiente: jueves por la tarde, el Guardagujas está sentado fumando y bebiendo pausadamente un Dr Pepper Zero ya sin gas, permitiéndose dejar escapar un contenido suspiro de alivio cuando el crepúsculo por fin se abate misericordiosamente sobre el desierto. El cielo resplandece sobre la calle West Second como si de nuevo estuviéramos en 1945 y en el proyecto Manhattan se hubiesen equivocado y detonado la bomba del ensayo Trinity a un estado de distancia del campo de pruebas de White Sands. O como si ese fuera el momento cincuenta mil años atrás, piensa el Guardagujas, en el que un inmenso meteorito de níquel y hierro pulverizó manadas de mastodontes, caballos y gigantescos perezosos terrestres a tan solo veinticinco kilómetros al suroeste de esta pequeña cafetería de mierda con asientos de polipiel agrietados y ventanas sucias. Al Guardagujas le parecen ajustados cualquiera de los dos símiles; en ambos casos, el cielo se está desplomando. En ambos casos, el símil es totalmente pertinente. Vuelve a comprobar la hora en su reloj de pulsera, ve que tan solo han transcurrido siete minutos desde la última vez y retoma la contemplación, a través de la ventana, de sombras y fuego compitiendo por el control del lúgubre y asolado corazón de Winslow (Arizona). Su rostro duro le devuelve la mirada desde el cristal, fácilmente diez años mayor que lo que indica la fecha en su certificado de nacimiento. Profiere una palabrota, apaga el cigarrillo y enciende otro.

No es que ella llegue tarde. Lo que pasa es que el tren de Los Ángeles lo ha dejado en este cubil lleno de escorpiones y baratijas navajas a las 6.39 y, para las 7.15, cualquier encanto que pudiese tener esta desolada población se ha agotado y consumido. ¿Qué coño se puede decir de un lugar que solo es conocido por ser mencionado en una canción de los Eagles? Al llegar ha cogido una habitación en

el hotel La Posada, la famosa obra maestra de terracota y estuco de Mary Colter, pero al rato ha descubierto que no conseguía conciliar el sueño. Ha encendido la radio y tratado de leer un libro que había traído, pero le ha resultado imposible concentrarse y ha releído una y otra vez los mismos párrafos. De modo que ha pasado el día rondando por las calles—inquieto, sudoroso, medio cegado por el sol, desgastando los tacones de sus zapatos *oxford* adquiridos en unos populares grandes almacenes y, de tanto en tanto, entrando en algún establecimiento a tomar un refresco, para a continuación salir y adentrarse de nuevo en el bochorno—. Deseando emborracharse, teniendo que mantenerse sobrio. El aire abrasador apestaba a polvo y creosota, y ha visto a los policías locales observándolo, sus mentes chasqueando como langostas. *¿Quién es este espantapájaros de traje barato y gafas de sol Ray-Ban que el Southwest Chief^[2] ha tenido a bien dejarnos en el portal?* De no haber sido por el largo brazo de la Compañía lo más probable es que lo hubiesen arrestado por vago o maleante—o por cualquier otro motivo—. Pero toda su documentación está en regla, está fetén, por así decir, por muy extraoficial y secreto que pueda ser este encuentro. Albany no va correr ningún riesgo, no esta noche. No cuando Y ha considerado oportuno enviar a la reunión a alguien como Immacolata Sexton.

La camarera se acerca a su mesa de nuevo y le pregunta si desea algo más, otro refresco o tal vez un trozo de tarta. La hay de merengue de limón, le dice. Y de arándanos. A él le parece una chica bastante bonita, a pesar de la fea cicatriz sobre el ojo izquierdo, una chica bonita que ha escapado de los suburbios de alguna ladera de Heroica Nogales para servir hamburguesas con queso y huevos rancheros en este grasiento tugurio gringo. Aunque, bueno, es un trabajo, ¿no? Mejor que cualquiera de los que tuvo su madre, una mujer que murió a los cuarenta y tres años tras veinticinco en un taller textil cosiendo marbetes en pantalones vaqueros. El Guardagujas conoce la historia de la camarera, igual que conoce la de los dos cocineros y el friegaplatos, igual que conoce los nombres de las tres hijas del propietario. Cada detalle que *no* conoce es un punto ciego, una debilidad que no se puede permitir y que no tolerará.

—*Estoy bien, gracias^[3]*—dice, pero no pide la cuenta.

De vuelta en la barra, la camarera lo mira por encima del hombro, y él percibe una chispa de recelo en sus ojos. Comprueba de nuevo la hora en su reloj.

Y entonces el cencerro de latón clavado encima de la puerta de la cafetería

tintinea, y él levanta la mirada justo cuando hace entrada una mujer alta y pálida. En la mano izquierda lleva un maletín de fibra de carbono marca Zero Halliburton. Durante un segundo, él tiene la impresión de que hay algo en pos de ella, como si la inminente noche se hubiese trabado a sus hombros, enredado en el cabello corto y negro, y no estuviera dispuesta a soltarla. Pero es una impresión pasajera, y él se endereza un poco en el asiento, tira nervioso de la corbata y la saluda con la cabeza. Con las historias que ha oído se podría escribir un grueso superventas, pero él nunca creyó que fuera a llegar a encontrarse cara a cara con esta mujer. Immacolata Sexton está muy lejos del hogar.

Ella se quita las gafas de sol, y él desea que no lo hubiese hecho.

—Tienen tartas —le informa mientras ella se acomoda en el asiento frente al suyo—. De merengue de limón. Y también de arándanos. Bienvenida a Winslow.

En su trabajo uno nunca debe inmutarse. La letra pequeña lo deja bien claro.

—Al principio no le había visto —dice ella—. Se me ha pasado por la cabeza que a lo mejor me había dado plantón.

La mujer tiene un rastro de acento de la zona sur de los montes Apalaches (del norte de Alabama o del este de Tennessee), y una peculiar manera de mover los labios que produce la impresión de que apenas se movieran. Un poco como ver trabajar a un ventrílocuo.

—¿De veras le ha sucedido eso alguna vez? —inquire él mientras apaga el cigarrillo, a medio fumar solo, en el platito que ha estado utilizando como cenicero.

—Alguna vez, pero nunca dos veces la misma persona. ¿Se puede fumar aquí? —pregunta señalando el platito y las colillas.

—Nadie me ha dicho que no fume y tampoco veo ningún letrero. Así que lo interpreto como un sí.

La camarera regresa, y el Guardagujas sabe que lo que *ella* ve al mirar a la agente de Y a los ojos no es lo mismo que *él* ve. Los civiles tienen suerte. Immacolata pide un café.

—Reconozco —dice ella una vez se ha marchado la camarera— que sentí un cierto escepticismo cuando me enteré de que le habían asignado al caso. Después de lo de Maine y todo eso. Según los rumores, gran parte de la culpa de ese desastre recae directamente sobre sus hombros. Dicen que fue usted quien tardó tanto en tomar en serio la situación, que fue usted quien no prestó la debida atención a las señales de alarma.

—¿Los rumores pasan hoy en día por información en Barbican Estate?

Ella se encoge de hombros y enciende un Marlboro; el humo forma volutas alrededor de su rostro.

—Bueno, eso es lo que he oído. Da igual.

Arremete de primeras con lo de Maine, cómo no. Un fuerte gancho de izquierda y toda la pesca, hacerle perder el equilibrio y tambalearse desde el principio. Como si tenerla ante los ojos no fuese más que suficiente. Huelga decir que su propia cabeza está llena de rumores asociados al rostro de ella, pero no es tan tonto como para empezar a sacarlos a colación. No es tan tonto como para plantearle ninguna de las docenas de preguntas que le pasan por la cabeza.

¿Es cierto lo que se cuenta de su madre?

¿Y lo de su padre?

¿Y lo de Berlín y la noche en que cayó el Muro?

El Guardagujas se frota los ojos y vuelve la cabeza hacia el amplio ventanal de la cafetería y los últimos restos del ardiente crepúsculo. Al otro lado de la calle, junto a un cine cerrado y fenecido, dos agentes están vigilando como si fuesen descartes de un episodio de *El hombre de CIPOL*. Han venido con ella, a pesar de que el trato era que ambos acudiesen solos, sin séquito, sin refuerzos, sin puto club de fans; y él ha cumplido su parte del acuerdo. ¡Que le den! No gana nada con montar un número, no a estas alturas. Él está aquí, ella está aquí y, chaval, la única manera de salir es continuar todo recto hasta el amanecer. La camarera de Heroica Nogales se ha vuelto a acercarse a la mesa y está charlando con Immacolata, sirviéndole café, y él cuenta los interminables segundos hasta que vuelven a quedarse solos.

—Toda precaución es poca —señala ella, mientras se pone sacarina y da vueltas al café. La cucharilla tintinea ruidosamente contra la loza.

¿Es cierto lo que se cuenta sobre la noche en que usted nació?

—¿Qué tal el viaje desde Los Ángeles? —pregunta ella—. Llevo mucho tiempo sin ir en tren a ningún sitio.

—Discúlpeme, señora Sexton —dice él cogiendo el último cigarrillo de la arrugada cajetilla de Camel Wides que ha comprado al mediodía—. El palique nunca se me ha dado demasiado bien. No es nada personal, solo que...

—Relájese —lo interrumpe ella, con una voz tan dulce como la miel, juraría él—. Estamos del mismo lado, ¿no es así?, unidos por una causa común.

¡Qué ojos tan grandes tienes!

—¿Camaradas de armas? —añade ella.

—Eso me dicen —masculla él alrededor del filtro mientras enciende el

cigarrillo. Le da una profunda calada y retiene el humo hasta que los oídos le empiezan a pitar.

—Bien, de acuerdo, yo he traído todo lo que tenemos sobre Standish —dice ella, cambiando radicalmente de actitud en un abrir y cerrar de ojos; la extraña criatura llegada de las ya menos abrasadoras calles de Winslow de pronto se pone seria y entra en materia, despojándose con toda facilidad de una máscara y poniéndose otra—. Desde que Barbican dio el visto bueno la semana pasada hemos tenido trabajando duramente a un millón de diligentes monos con un millón de archivadores. Bien, usted primero. Enséñeme lo suyo y luego le enseño yo lo mío.

¡Pero qué orejas tan grandes tienes!

Él duda tan solo unos segundos antes de llevarse la mano a la chaqueta y sacar un sobre de papel marrón, de quince por veinticinco centímetros, con manchas de sudor, un pliegue por la mitad y las esquinas dobladas.

—Siento si mi paquete no es tan grande como el suyo, pero andamos escasos de monos...

—¿En Hollywood? —dice ella sonriendo burlescamente—. ¿Espera que me lo crea?

El Guardagujas esboza una sonrisa forzada, abre el sobre y extiende su contenido sobre la mesa que los separa. Diez fotografías en brillante blanco y negro, una carta de tarot, una memoria USB y una moneda de oro antiquísima. A primera vista, las imágenes podrían haber sido tomadas por un forense aficionado a la fotografía en el escenario de un asesinato cualquiera. Pero solo a primera vista. Immacolata mira al Guardagujas, apaga el Marlboro en el improvisado cenicero y toma una. Le da la vuelta y examina un momento el dorso, en el que alguien ha garabateado con tinta roja indeleble una fecha, una hora y un número de caso, junto con varios símbolos enoquianos; la deja y coge la carta de tarot.

—El Mundo —dice—. La bailarina busca representar el logro último del hombre, la fusión del consciente con el inconsciente, y la combinación de esos dos estados con el superconsciente. El Mundo simboliza el estado máximo de conciencia cósmica, el objetivo final al que nos ha llevado el resto de cartas (bueno, los Arcanos Mayores). *Der Übergeist*.

—Joder, de veras espero que tenga algo más para mí aparte de lo que podríamos encontrar en internet.

—Es usted un hombre impaciente.

—En este caso vamos muy pillados de tiempo. El mayor acercamiento de la *New Horizons* a Plutón se producirá dentro de cinco días. Así que discúlpeme si parezco tener prisa; venga, no sea mala...

Immacolata vuelve a dejar la carta en la mesa, boca abajo, y elige otra de las fotografías. Él repara por primera vez en los dedos tan largos y delicados que tiene; tan frágiles que casi parecen poder quebrarse como ramitas.

Tal vez sea así. Tal vez un día tenga oportunidad de comprobarlo.

—¡Dios! —musita Immacolata mientras se pasa la lengua por los labios lívidos.

¡Que dientes tan grandes tienes!

El Guardagujas coge una de las fotografías, aquella en la se ve su propia sombra, aquella en la que algún efecto óptico de la luz hace que el cadáver parezca estar sonriendo. Cada vez que las mira, cada vez que las toca, se siente sucio. Se sometió al proceso de descontaminación junto con el resto del equipo de primera intervención, pero le basta volver a ver estos recuerdos de ese espectáculo de horrores para acordarse de que algunas manchas calan hasta el alma y nunca se van.

—¿Hasta qué punto está el asunto bajo control? —le pregunta Immacolata enarcando una ceja depilada hasta quedar tan recta y fina como un corte hecho con un papel.

—Ahí lo tiene todo, con lo del suicidio colectivo —responde él señalando los contenidos del sobre esparcidos por la mesa de formica.

—No, no le estoy pidiendo que me repita lo que está escrito en los informes. No he venido aquí a entrevistarme con un papagayo.

El Guardagujas clava la mirada en la punta de su cigarrillo, deseando que este encuentro estuviese celebrándose en un puñetero bar como Dios manda, en algún lugar donde pudiese tomar un trago de Johnnie Walker Etiqueta Negra o de J&B. Tiene la boca tan seca como la salvia y los áridos barrancos que esperan ahí fuera, justo donde termina el resplandor halógeno de las farolas.

—En cierto modo hemos tenido suerte —dice él—. Tenemos la geografía de nuestra parte, habida cuenta de la ubicación de la zona caliente.

—Eso no es lo que le he preguntado —se queja ella.

—¿Ha estado alguna vez en el mar de Salton, señora Sexton? El asunto está controlado de puta madre, ¿vale? A los Centros para el Control y Prevención de Enfermedades se les pondría dura al ver lo cojonudamente controlado que está. Hasta el puto Steve Jobs nos felicitaría por lo bien diseñada que está la pantalla

que hemos montado.

Él mismo percibe la irritación en su voz, acerada como un filo, y le cabrea que la mujer esté consiguiendo alterarlo.

—¿Le estoy poniendo nervioso?

Ni de coña piensa responder a esa pregunta, ni por un centavo bañado en oro.

—El rancho Luz de Luna está a unos cinco kilómetros al norte de Bombay Beach —dice en lugar de contestar—. En un desvío de la Ruta 111. La única manera de entrar o salir de él es una carretera sin asfaltar, poco más que un camino para ganado. El bloqueo no tiene resquicios.

—¿El rancho Luz de Luna? ¿Qué es eso? ¿Otro de los nombres en clave ultrasecretos de Watertown? —Y ahí está de nuevo esa sonrisa de suficiencia tirando de las comisuras de la boca e iluminando sus ojos.

Darí a cien pavos por un chupito de whisky de centeno, piensa él mientras traga con dificultad. *Darí a un millón por volarle los sesos*.

—No, simplemente es como lo llaman los lugareños, y como lo llamaban los seguidores de Standish.

—Bien, me está empezando a venir a la cabeza un barullo de reminiscencias de Charlie Manson —dice ella—. El rancho Luz de Luna, *el rancho Spahn*^[4], nombres apropiados para los rediles donde encerrar a todos esos borreguillos estupefactos. Cruzaremos la información a ver si salta algo. Sabe que contamos con que se nos autorice el acceso a la zona en cuarentena, ¿verdad?

—Albany ya se lo esperaba. Dispone de una habilitación de seguridad del más alto nivel y ya se le ha asignado un responsable.

Immacolata asiente con un cabeceo, luego se recuesta en el asiento y se queda observando la foto que sostiene entre sus dedos de alabastro. Él ni siquiera está seguro de cuál es: la sujeta de tal modo que le impide ver el número impreso en el dorso.

—¿Y han desplazado micólogos al lugar? —pregunta ella antes de dar un sorbo al café.

¡La madre que la parió!, es tan fría que congelaría el azufre del infierno... Como esta mujer te coja ojeriza, la pena capital se te antojará un acto de misericordia.

—Sí, claro. Hemos traído personal de Duke y de la Universidad de Michigan, y les hemos montado un laboratorio con tecnología punta allí mismo. Andan hablando de micosis cutánea y subcutánea, hiperparásitos, agentes

patógenos oportunistas, criptococosis, aspergilosis, hongos entomopatógenos y putas hormigas zombis —le dice a Immacolata Sexton, recitando de un tirón retazos que recuerda de las sesiones informativas de los miércoles por la mañana; no es que esté tratando de impresionar a la agente de Y, tan solo es algo que decir, toda esa jerigonza. Y ahora mismo se siente mejor diciendo algo que callado—. Dios, ¿había oído hablar alguna vez de esas putas hormigas zombis?

Ella hace caso omiso de la pregunta y él continúa:

—Pero ellos tampoco habían visto jamás una mierda así. Y no hace falta un loquero para darse cuenta de que están alucinando por un tubo.

Ella mueve la cabeza afirmativamente.

—Supongo que nadie habrá sido tan negligente como para siquiera mencionar lo de Vermont o lo del embalse de Scituate... —dice sin apartar los ojos de la fotografía.

—A pesar de lo que pueda creer, no somos gilipollas del todo. Aparte de que, cuando terminen, tampoco es que vayan a llevarse sus recuerdos intactos.

—Eso ni pensarlo —dice ella mirándolo por encima de la fotografía y llevándose el dedo a los labios.

—En cualquier caso, eso es lo que he traído yo y creo que ahora es su turno —dice el Guardagujas señalando el maletín con un encallecido pulgar.

Ella asiente con un cabeceo y vuelve a dejar la fotografía del rancho Luz de Luna sobre la mesa.

2. Palabras escritas del revés (29 de junio de 2015)

Drew me está hablando, cuchicheándome al oído, aunque ni siquiera está presente. Es mediodía y estoy de pie en la oscuridad de mi propia sombra —la única oscuridad que queda en el mundo—, oteando el desierto, más allá del arroyo Salt Creek, la irregular y difusa línea gris violácea que las montañas Chocolate dibujan entre el cielo y el marrón sin fin del inhóspito valle Coachella. *Contempla el reino del caliche y los lagartos cornudos*, había dicho Drew (y se había echado a reír) mi primer día como moradora de este lugar tras haber sido vomitada por el mar de Salton sobre la orilla. El día en que de pie sobre el ardiente tejado de zinc por primera vez fui siguiendo esa veleta que era su dedo. Desde allí —desde aquí mismo—, mis ojos se dirigen hacia el este, alcanzo a ver hasta los picos y cordilleras de frágil esquisto que se alzan sobre océanos precámbricos. Si fuerzo la mirada y, venga, todavía la fuerzo más, tal y como me han enseñado, alcanzaría a ver mucho más lejos, más allá de lo que unos simples ojos pueden discernir, otras cordilleras y quizá hasta el valle de Palo Verde y la ciudad de Blythe, donde el desierto es maltratado para conseguir que crezcan verdes plantas que nos alimenten y resulten placenteras a la voluble mirada de los hombres. En Blythe hay árboles. Recuerdo haber visto árboles.

Drew se ha marchado hoy por cuestiones de trabajo, y Madeline lo ha acompañado, y a mí me han dejado aquí, sola conmigo y con los demás, y con el chisporroteo de mi cerebro en este cráneo humano, una frecuencia de resonancia que encaja a la perfección con el ruido blanco, esa señal aleatoria poseedora de una fuente de energía inagotable, ese desfile de variables aleatorias discretas sin correlación estadística (varianza finita, media cero). Estos pensamientos retozan sobre las alas de insectos que zumban por el interior del panal hexagonal del único ojo de mi mente, vaciándome, mientras el sol me quema hasta dejarme del

mismo tono terroso del desierto. Abajo, detrás de los caparazones de camiones y coches fenecidos que conforman un herrumbrado jardín en el exterior del rancho, el termómetro digital marca cuarenta grados. Ha refrescado. Aquí arriba, restregándome contra la panza del cielo, debe de hacer mucho más calor. Pero la salvación me ha llevado navegando más allá de todo temor a una conflagración.

«Ya está tan cerca», nos dijo Drew a todos anoche. «De verdad que no tenéis ni idea de lo maravilloso que será. Lo juro por mi vida. Bo y Peep, Doe y Ti^[5], porque vosotros sois los Hijos del Siguiete Nivel».

Su voz ablanda la carne y el lodo de mi corazón.

«Creo que nosotros somos los comunistas más puros que existen», dice Drew. «Traslación, evolución, metamorfosis, dicha en el hielo eterno y la negrura del cinturón de Kuiper transneptuniano, y vosotros coméis de mi propio cuerpo, y danzaremos con pies ligeros por las inmensidades etéreas para liberarnos de los falsos Cristos».

Ni medio entiendo lo que dice ni finjo entenderlo. Comprendo sin una comprensión perfecta. Eso es algo que él me ha enseñado. Puedo quitar el tapón, inhalar profundamente y llenarme con los dones de los dioses que nunca fueron dioses. Antes, cuando vivía en la vieja Ángeles Perdidos^[6], antes de mi liberación en esta terrosa y profunda planicie californiana llena de lagartos, serafines de cascabel, montaraces obispos felinos y correccaminos, me chutaba dulce heroína afgana en mis brazos podridos y entre los dedos de pies y manos, pero ahora soy libre. *Si crees que esto no es el Paraíso, si crees que esto no es el Edén, mejor dale otra pensada, mi pequeña. Dale otra pensada.* Drew es un titán. A un titán se lo reconoce por los truenos en sus entrañas y el fuego en sus labios resecos.

Cenamos serpiente de cascabel y té verde caliente, y Drew Standish nos dice que los últimos días ya están aquí. Acampamos en el umbral de la casa, encendemos el aparato de televisión, ese gigantesco Zenith de 1975 en su mueble de madera sintética veteada, y lubricamos los tubos de imagen. Aquí el cacharro no recibe emisora alguna, no necesita una de esas antenas que parecen orejas de conejo. No necesitamos ni cadenas ni programación; tan solo necesitamos *ruido*. Solo necesitamos nieve, ruido electromagnético, eso es, *semut bertengkar*, como dicen los indonesios, que significa algo como «guerra de hormigas». Ondas de radio, radiación de fondo de microondas cósmicas. *Lo pillas, muñequita, ¿verdad? Un uno por ciento de esas interferencias es luz del*

Big Bang, llegada desde hace trece mil millones de años para hacer cosquillas a tus bastoncillos y conos. Yo, yo no tenía ni pajolera idea ni de física ni de cosmología cuando estaba en Los Ángeles. De lo único que entendía era de la urgencia dolorosa y devoradora de la siguiente dosis.

Estoy aquí arriba, tan descalza como el día en que nací, flipando en nuestro ardiente tejado de zinc, flipando por las esporas cultivadas y las palabras de Drew; pero al igual que Ananías, Misael y Azarías en el abrasador horno del malvado rey Nabucodonosor, al igual que los faquires indios bendecidos por Alá con ese don, al igual que un escudo térmico del *Apolo*, camino por el fuego sin quemarme. Me baño en el ojo del ancestral Ra, todo misericordia, que a todos purifica y a todos unge por igual, mientras espero que los demás se reúnan conmigo en el tejado. Madeline dice que demuestro gran fervor en mis oraciones y sacrificios, la sagrada mortificación de la carne que estamos mudando, y que más les valdría a los demás aprender de mí. Chorros de sudor me escaldan los ojos y alivio la molestia parpadeando. Mantengo la mirada en las montañas Chocolate. «Llegarán desde allí —asegura Drew—. Llegarán del alba».

Alzo los brazos en señal de alabanza.

Un día miré hacia arriba y allí estaba él, estaba mirando hacia abajo, y me tendió una mano.

Y eso sí que es entrar con el pie derecho, joder.

«Mi pequeña, no es culpa tuya que cayeras tan bajo. Chernóbil reclama nuestra alma. El opio besó tu sangre para calmar la vibración del AHORA, y tú te lo follaste y dejaste que te follara porque jamás nadie te ha amado sinceramente».

Él me abrazó mientras yo lloraba. Me abrazó en un sucio callejón detrás de un sucio edificio okupado de hormigón en algún lugar en el vacío entre la Calle 93 y la 94 de Westmont. Yo olía a mierda y purulencia, a sudor acre y ropa de segunda mano. En ese averno de pandillas, grafitis pintados con *spray* y palmeras de hojas como cuchillas me abrazó con fuerza (y, al mirar atrás, sin duda eso era el traicionero noveno círculo, y yo estaba congelada y hundida hasta el cuello en el hielo del río Cocito). Había malgastado mi adolescencia tiempo atrás y estaba malgastando a toda velocidad mis veintitantos, que se derrumbaban a mi alrededor hechos escombros; pero ahí estaba él, entrecano y hermoso, los ojos como el cielo que hoy tengo encima de mí. Me ofreció una mano, y la libertad y la absolución, y lo único que tuve que hacer fue salir arrastrándome del Abismo. Desde tan abajo hasta aquí, tan arriba, con las

montañas frente a mí y el mar de Salton evaporándose a mi espalda, muriendo su lenta, lenta e inevitable muerte tierra adentro. Estoy entre ambos, cociéndome al calor, igual que la heroína que en el pasado burbujeaba al derretirse en mi cuchara de yonqui. Me están preparando para la inminente evacuación de este planeta desolado y en ruinas.

«En esos mundos, el sol no brilla con más intensidad que una estrella», nos dice Drew, a Madeline, a mí y a los demás, mientras miramos la nieve en la pantalla y escuchamos las voces enterradas *dentro* del ruido blanco, dos ondas superpuestas para formar la sagrada intersección de la Tercera Onda, más poderosa que la suma de ambas, acumulando la mitad de profundidad pero la totalidad de las voces, nos aferramos a él, nos incorporamos despacio y esperamos a ser arrebatados por ella, entre risas estridentes, y la onda llegará envuelta en una fría llama azul. Y él dice, «Contemplad los ríos negros de alquitrán que discurren bajo esos misteriosos puentes ciclópeos».

Siento movimiento en mis pulmones y toso. Noto el sabor a sangre y moho en la garganta y escupo sobre el tejado. El escupitajo, espeso y amarillo, crepita.

Sonrío.

De un tiempo a esta parte sonrío mucho.

Drew me sacó de ese callejón dantesco para que recordara cómo sonreía cuando no era más que una cría y mis únicos miedos no eran más que miedos infantiles y mis únicos terrores no eran más que terrores infantiles. Me arrojó con un guardapolvo de cuero con olor a moho que creo robó de una película de Clint Eastwood, me colocó en el asiento delantero de esa vieja ranchera Buick roja que conduce y me trajo de vuelta a la vida como si Caronte hubiese cambiado de idea. Drew es mago. Hace avanzar el tiempo en todas las direcciones. Joder, hace con el tiempo lo que le sale de las narices. Fue algo que le otorgaron, el poder sobre todo tipo de relojes. Y ese día escuché mientras Madeline hablaba en el asiento posterior y Drew iba siguiendo el laberinto varicoso de las señalizaciones de carreteras, hacia el este y sur, dejando a nuestra espalda la Gran Naranja^[7], camino del bendito refugio en una tierra prometida del desierto de Sonora. Conduciendo suavemente con sus neumáticos radiales con cinturón de acero y banda blanca y dejando atrás lugares encantados en los que jamás había estado: Palm Springs, Rancho Mirage, Indio, Thermal...

Cuando vi el desvío para Mecca pregunté:

—Entonces ¿es aquí?

Él soltó una de esas inesperadas carcajadas suyas y movió la cabeza negativamente.

—No, mi pequeña, pero ahora ya estamos cerca. Ya estamos muy, muy cerca —me aseguró.

Unos cuantos kilómetros más y por primera vez avisté el mar de Salton. Lo contemplé hasta hartarme.

—Cuando te hayas instalado, te contaré historias, historias sobre el cómo, el porqué y el cuándo de esto.

—¿Te refieres al agua?

—Me refiero a absolutamente todo, muñequita.

Encendí un cigarrillo, aspiré el humo y la nicotina, y admiré una enorme gabarra vivienda encallada a la orilla de la carretera como si se tratara de la osamenta de una ballena muerta. La cubierta estaba sembrada de muebles rotos y, en la proa, con letras medio borradas aunque no tanto como para resultar ilegibles, estaba escrito el nombre: *Anhelo del Corazón*.

—Última oportunidad —dijo Drew.

—¿Última oportunidad para qué? —pregunté yo.

—Olvídalo. No te preocupes, mi pequeña. Un día te contaré lo que los indios sabían. Un día que ya está a la vuelta de la esquina.

Sigo de pie bajo el sol. Estoy en el achicharrante tejado de la vivienda del rancho, y mis pies hace ya tiempo que se quemaron hasta quedar encallecidos y tan insensibles como si les hubieran inyectado una dosis masiva de novocaína. Oigo el sonido de la televisión abajo, el ruido blanco saturado de voces, porque en la boca de la bestia hay más bestias. De pie con los brazos alzados, sintiéndolo todo, oyéndolo todo, pensando —solo durante un instante— que a lo mejor Drew se ha equivocado. Que a lo mejor mi profeta es falible y que dentro de tan solo uno o dos segundos voy a reventar por las costuras y a desparramarme convertida en una lluvia de fotones y esporas. Como esas ancestrales migajas de la gran explosión, del *Big Bang*, que se esparcen eternamente por el universo hasta alcanzar un viejo aparato de televisión. La mía será la primera de todas esas pequeñas explosiones, de esos *Little Bangs* por venir. Seré a la vez su alfa y omega, y él estará orgulloso y ni por un segundo se arrepentirá de haberme encontrado y salvado del pinchazo de la aguja.

«Tan solo dejad que os pregunte esto», dice Drew, susurrándome al oído y hablándome desde otro día, desde el ahora y el entonces y algún mañana todavía por llegar, sonando a fuego infernal, azufre y sábanas de seda. «¿Habéis

reflexionado sobre lo que realmente había detrás de la gran transición a las emisiones digitales de 2013? Me refiero al hecho de que fuera obligatoria sí o sí. El cese forzoso de toda transmisión analógica impuesto por la maldita Ley de Transición a la Televisión Digital y Seguridad Pública de 2005. El Congreso, la Comisión Federal de Comunicaciones, la Asociación Estadounidense de Radiodifusión... todos hablando del ahorro de electricidad y de cómo íbamos a recibir una imagen de muchísima más calidad, ¿verdad? Sí, claro, pero ¿quién maneja los hilos? ¿Qué es lo que hay en realidad detrás de todo esto? Porque se acabó el que cualquiera pudiese encender la tele y recibir ese sagrado uno por ciento de señal. En cada *centímetro* cúbico del universo hay trescientos fotones del *Big Bang*. ¿Y qué pasa con el Instituto SETI? El SETI no fue más que otro chanchullo de unos científicos *hippies*, y eso es lo que *en realidad* está pasando aquí, ¿lo veis? Todos esos guardianes que no querían que atisbéramos el interior del fósil más antiguo de toda la Creación, el mismísimo rostro de Dios».

Oigo la televisión y oigo a los demás. Algunos me llevan muchísima ventaja. No se me da nada bien disimular los celos. No oculto el hecho de que quiero ser la primera en florecer, pero no pasa nada, porque en el plan de ellos no hay lugar para la humildad.

«Vamos, paraos a pensarlo», dice Drew golpeándose enérgicamente la frente con el dedo como acostumbra a hacer cuando está explicando algo. «Paraos un momento a pensarlo, hostias. La Agencia Nacional de Telecomunicaciones e Información, la Oficina de Análisis de Políticas y Desarrollo y la Oficina de Gestión del Espectro, MediaFLO, el puto Microsoft y, cómo no, el puto Apple. ¿Alguna vez os habéis preguntado qué pasa con los Beatles y Apple? ¿Alguna vez habéis mirado la etiqueta del centro de un disco, pero de vinilo, de *Abbey Road* o *Let It Be* de los Beatles? ¿Alguna vez os habéis molestado en buscar las relaciones y coincidencias entre todos esos discos que publica Apple Records — Badfinger, Billy Preston, *The Radha Krsna Temple*, la puñetera Doris Day, Ronnie Spector, Ravi Shankar, etcétera, etcétera, etcétera— para comprobar dónde lleva ese rastro de sirena, cómo todo acaba confluyendo en aquel garaje de Los Altos con Jobs, Wozniak y Ronald Wayne? ¿Alguna vez habéis pensado *por qué* Apple se llama justamente Apple, “manzana”? Todas esas chorradas que Jobs se inventó sobre su dieta frugívora... de veras espero que no os vayáis a tragar toda *esa* mierda. Lo de que Jobs había trabajado en huertos y lo de *sir* Isaac Newton, ese logotipo original cuyo único objetivo era despistar, con Newton sentado bajo un árbol esperando a ser golpeado por la gravedad. Sí, ahí

enseñaron un poco sus cartas, con lo de Yggdrasil, el árbol del conocimiento del bien y del mal, el árbol Bodhi, el espino sagrado de Glastonbury (*Ficus religiosa* y *Crataegus monogyna*, respectivamente). Que si Apple porque su manejo es tan sencillo como comerse una manzana... *sí, seguro*, y yo te vendo una burra la mar de barata».

Quiero abrir los ojos, las ventanas a mi alma, pero Drew me recuerda que es demasiado pronto para abrasarme las retinas. Todavía las voy a necesitar un poco más.

La ranchera rojo cereza dejó atrás a toda velocidad la *Anhelo del Corazón*, y Madeline empezó a hablar del turismo, la burbuja de los complejos vacacionales del mar de Salton, Sonny Bono y el botulismo aviar. Yo escuchaba, pero sus palabras me entraban por un oído y me salían por el otro. Tenía la cabeza demasiado colmada de sol, mar y tierra.

«¿Sabíais que entre 1978 y 2006 Apple Records demandó a Apple Computer en numerosas ocasiones?», pregunta Drew a su congregación. «Eso es otra pequeña maniobra de despiste. Y la verdad es que la música que sonaba en ese funesto garaje de Los Altos, el garaje de los padres de Steve Jobs, era *Let It Be*, *Abbey Road*, *Yellow Submarine* y, sí, *The White Album*. Pero esperad un momento antes de salirme con lo de ese lunático de Manson, que lo entendió todo del revés. Manson era un hijo de puta más pirado que una chota. No, vosotros escuchad “Revolution 9”, ¿vale?».

Doctores con colorete han traído este espécimen. 9, número 9, un hombre sin miedos, y se han encontrado con el vigilante nocturno, desconocedor de su presencia en el edificio^[8].

Oigo el golpe de la puerta mosquitera al cerrarse abajo; así que ya vienen, los otros, y en un momento estarán subiendo por la escalera y ya no estaré sola con el calor, con las montañas Chocolate y las liebres. No estaré sola con los maravillosos murmullos de Drew. Algunos días me gustaría asesinar a todos los demás; ojalá eso formara parte del plan. Probablemente ya estén a mitad de la destartada escalera que conduce hasta el tejado y hasta mí.

Llévate esto, hermano, te puede venir bien. Eldorado, si te quedases desnudo.

Doy la espalda a las montañas para quedar frente al blanco y hediondo mar de Salton.

3. Getsemaní de suma cero (10 de julio de 2015)

De vuelta en La Posada, el Guardagujas está sentado al borde de la cama vestido con una camiseta manchada de sudor y unos calzoncillos Fruit of the Loom, esperando la mañana. Todavía no son las dos y media. Se sirve otro trago de J&B, llenando el vaso de papel hasta casi exactamente una tercera parte. Se lo está tomando con calma, dosificándose. La botella tiene que durarle hasta el amanecer. Ahora mismo, la posibilidad de que se le acabe el *whisky* antes de que se le acabe la noche es suficiente incentivo como para recurrir al puño de hierro del autocontrol. Tal vez esto cambie algo más tarde. Al fin y al cabo todavía es temprano, y los demonios que bailan detrás de sus ojos son por naturaleza competitivos. El contenido del elegante maletín de Immacolata Sexton frente a la sobriedad. El miedo a sus sueños frente al agotamiento. Ya os hacéis una idea. El aire acondicionado ronronea como un gato de hielo. Las cortinas están cerradas y la televisión, encendida. Clark Gable está ayudando a Claudette Colbert en su viaje hacia el norte por la costa este, de Florida a Nueva York. El amor verdadero está en juego, o al menos eso es lo que ella cree. El mejor hombre de Albany toma sorbos de su J&B con la mirada clavada en la pantalla durante un rato antes de volver a concentrarse en el grueso dossier que la agente de Y le ha entregado en la cafetería. También con esto se está dosificando.

Vida, época y crímenes de Drew Standish.

Todo lo que se sabe, más algunas conjeturas, más alguna que otra minucia.

El Guardagujas enciende otro cigarrillo. Con cincuenta y cinco años, se acuerda de cuando no era necesario inutilizar el detector de humo en las habitaciones de hotel. Con demasiada frecuencia se le pasa por la cabeza que ha vivido justo lo suficiente como para haber sobrevivido al mundo que tenía sentido para él, al mundo en que él encajaba. Se ha convertido en una especie de

puto dinosaurio.

Coge un fajo de hojas escritas a máquina sujetas con un clip de plástico verde. Salta a la vista que están mecanografiadas, no impresas, porque casi todas las oes y los ochos han perforado el papel. La página de encima, un memorándum con manchas de café del Barbican Estate para sus oficinas en Dubái, está fechada el 12 de octubre de 1999. Standish era un atareado currito en aquel año, esa larga ristra de días memorables para los profetas del fin del mundo y miembros de cultos de todo tipo. Pero que todo el follón del año 2000 hubiese resultado un fiasco, una falsa alarma, una tormenta en un vaso de despliegue publicitario, no había tenido ninguna importancia: Standish iba a disfrutar de una plétora de segundas oportunidades, y todas ellas —vistas en retrospectiva— conducían directamente hasta ese rancho agostado en el valle Coachella.

El Guardagujas hojea el informe, molestándose tan solo en echar un vistazo a algunos párrafos sueltos, luego lo deja caer en la cama con lo demás. Le cuesta concentrarse. Con toda esa mierda frente a él, y con sus pensamientos, un cuarto de litro de *whisky* escocés de 40 grados y películas viejas por única compañía, su mente se escapa continuamente de vuelta al rancho. Fue hace ocho días, pero apenas parece que hubiesen transcurrido ocho horas. El tiempo se está moviendo demasiado deprisa como para que sea capaz de seguirle el paso, e incluso con la pronta cooperación de Londres y el paquete que ese demonio disfrazado de mujer le ha entregado, se siente como si estuviese persiguiendo su propia sombra. Cualquier revelación o patrón pertinente y útil que a la postre pueda terminar extrayéndose del dossier no es trabajo para él, sino para alguien con perspectiva y claridad mental. Alguien que no haya estado sobre el terreno durante la incursión a la base de Standish.

Bebe otro trago de *whisky* a palo seco, tratando de olvidar el nauseabundo regusto a mohó del aire encerrado en el interior de aquella casa. No tiene tanta suerte, no esta noche, probablemente no la tendrá jamás. Se frota los ojos y mira la pantalla de televisión. Clark Gable está mordisqueando una zanahoria y sermoneando a la fugitiva Ellen Andrews. Gable tiene un aire a Bugs Bunny. De hecho incluso suena un poco como él. «No se puede tener hambre y miedo a la vez —dice Gable—. Si se tiene miedo, se pasa el hambre». Está claro que ese Peter Warne es un tipo listo. Antes de que todo termine habrá conseguido no solo la exclusiva sino también a la chica.

En el exterior, un conductor toca con insistencia el claxon en la Ruta 66, el

sonido alargándose y distorsionándose por el efecto Doppler. En su habitación, el Guardagujas da un respingo, sobresaltado, y al momento se avergüenza y se pregunta por qué coño alguien tocará la bocina en una carretera desierta a las dos y media de la puñetera madrugada. Aunque a lo mejor había un animal cruzando la calzada. A lo mejor un coyote, un armadillo o el bueno del señor Chupacabras se han acercado a presentar sus respetos.

Le da una calada al cigarrillo y echa una ojeada al maletín vacío que yace sobre la cama, abierto de par en par como las quijadas de un elegante carnívoro desdentado en un enorme bostezo.

«No puedo olvidarlo. Todavía tengo hambre», dice el fantasma de celuloide de Ellen Andrews, hablando desde 1934. Y entonces la mente inquieta del Guardagujas se desliza de vuelta al viernes una vez más, a ese momento en que desenfunda el revólver y atraviesa el umbral de la puerta; y desde luego que sabe perfectamente que no debería, porque a estas alturas ya lo ha revivido, reconstruido y recordado todo cien veces, pese a lo cual cae en ello de nuevo.

La casa está llena de sol y sombras.

Y de olor a hongos.

Él está justo detrás de Vance, tan cerca que vislumbra las gotas de sudor que le perlan la frente y el labio superior, y se pregunta cómo es que ella va la primera. Cuando venían de camino por la carretera, ¿no iba Vance dos coches por detrás? Mientras atravesaban el laberinto de cactus mustios y automóviles oxidados, ¿no era él quien iba en cabeza?

En el salón no hay gran cosa aparte de muebles rotos y todavía más polvo y arena que en el exterior, piensa. Sigue a Vance hasta la cocina, donde repara en un escorpión muerto en el fregadero, boca arriba, encima de una pila de platos pringosos. De la cocina sale un estrecho pasillo, y ahora oye el ruido blanco de un televisor, procedente de alguno de los dormitorios. El hedor a hongos es peor en esta parte de la casa. Mucho peor.

—No hay nadie —dice alguien a su espalda, Malinowski o uno de los mentecatos del FBI que todavía no se han percatado de que se enfrentan a algo para lo que no están preparados y que les viene demasiado grande—. Se nos ha escapado. Lo más probable es que a estas alturas esa basura ya esté a medio camino de la puta Tijuana.

Colgado en la pared junto a la nevera hay un calendario, de esos que te regalan en los restaurantes chinos. Alguien ha marcado el tres de julio con un círculo. Cuando aparta la vista, el Guardagujas se encuentra con que Vance ya

está en el pasillo; tras dudar un instante empieza a decirle que retroceda, llega a abrir la boca pero la vuelve a cerrar. Frunce el ceño ante un repentino estallido de interferencias en la radio que lleva sujeta con velcro en el chaleco antibalas. El corredor le hace pensar en los pasillos de entrada de las reses al matadero. Sin espacio para darse media vuelta. Sin espacio para poder repartir hostias.

¿Te está entrando el canguelo, amigo? ¿No eras tú el que nunca se inmutaba?

—Espera —dice, pero el calor y la fetidez hacen que su voz suene insignificante, insignificante y carente de toda autoridad—. No sigas, Vance, quiero echar un vistazo a...

Frío como la mierda de un oso polar, ¿no era así como eras?

Y entonces ve la mirada en el rostro de Vance e, incluso sin ver lo que ella pueda estar viendo, sabe que es malo.

—¡Dios! —susurra Vance—. ¡Dios! ¡Me cago en la leche!

El Guardagujas coge el mando a distancia y apaga la televisión. Luego hace lo mismo con su cigarrillo y se dirige al cuarto de baño. Su orina es oscura, concentrada, del color del zumo de manzana. Se pregunta cuánto tardará en tener piedras en los riñones. Igual que su viejo, que aullaba de dolor como un sabueso moribundo, *eso* es algo de lo más apetecible, ¿a que sí? Se lava las manos con una minúscula pastilla de jabón y luego se mira en el espejo unos instantes. Las luces fluorescentes hacen que su piel parezca translúcida como el papel vitela, y se frota con los dedos la incipiente barba canosa de mejillas y mentón. Debería afeitarse. Por la mañana no le apetecerá, con la resaca y las prisas para no perder el tren. Afeitarse ahora es una excusa para no volver al dossier sobre Drew Standish y a todas las pesadillas contenidas en él, a todas las señales de advertencia a las que nadie prestó atención hasta que, como suele decirse, ya fue demasiado tarde.

Si se concentra en el afeitado a lo mejor consigue conjurar de su memoria lo que encontraron al final de aquel pasillo y, poco después, apiñado en el tejado. La imagen de esos cuerpos, y el olor.

En realidad son varias las especies de hongos que subsisten juntas formando una masa simbiótica, Ophiocordyceps unilateralis, que se suele denominar con un apodo más pintoresco y pronunciable: hongo zombi. Ataca a una familia específica de hormigas tropicales, las Camponotus u hormigas carpinteras, penetrando en el cuerpo del anfitrión durante la fase de espora de su complejo ciclo reproductivo. El hongo se propaga por el cuerpo de la hormiga y madura

dentro de la cabeza —y es entonces cuando las cosas se ponen de lo más interesante—. Termina por controlar al insecto infectado y lo obliga a aferrarse al envés de una hoja y morderla, en lo que se llama el abrazo de la muerte. A partir de ese momento, la atrofia se va apoderando rápidamente del animal, se van destruyendo las conexiones entre los sarcómeros de sus fibras musculares y reduciendo el retículo sarcoplasmático y el número de mitocondrias. Llegado ese punto, la hormiga ya no es capaz de controlar los músculos de la mandíbula, por lo que queda allí anclada. El hongo acaba matando a su anfitrión y continúa creciendo, las hifas penetrando en los tejidos blandos y comenzando a reforzar la estructura del exoesqueleto de la hormiga. Los micelios brotan y se anclan con firmeza a la hoja, mientras al mismo tiempo segregan compuestos antimicrobiales que protegen al hongo de la competencia de otras colonias de Ophiocordyceps.

En el espejo, sus ojos se ven más grises que azules, y los capilares rotos de la nariz son como un mapa de carreteras que cartografiase décadas de innumerables farras alcohólicas. Sin embargo, él es un activo fundamental y, mientras cumpla con su trabajo, Albany no tiene problema en pasar por alto lo de la bebida. Con suerte conseguirán exprimirlo otros diez años más. Abre el grifo, se salpica la cara con agua templada y coge el bote de espuma de afeitar que ha dejado encima del váter.

Y a ver, escuchad esto bien. Estas hormigas condenadas, estas pobres desgraciadas moribundas, siempre trepan hasta una altura de exactamente veinticinco coma veinte más menos dos coma cuarenta y seis centímetros sobre el suelo de la jungla, en entornos donde la humedad permanecerá estable entre el noventa y cuatro y el noventa y cinco por ciento, con temperaturas entre veinte y treinta grados centígrados. Y siempre en la cara norte de la planta. A la postre, los esporocarpos —el cuerpo fructífero del hongo— brotan del cuello de la hormiga y desarrollan un tallo que libera esporas que infectarán más hormigas. Es la evolución en su máxima expresión y, sí, también en la más truculenta. Cuando entras en materia, te das cuenta de que Madre Naturaleza es una zorra de cuidado.

Pero en este caso no eran hormigas. Eran seres humanos.

Y, vale, tampoco eran Ophiocordyceps. Ni siquiera estamos seguros de que sean auténticos hongos. Nadie ha visto jamás algo así. Dios, porque sé que no es así, que si no diría que provienen del espacio exterior.

Porque sabes que no es así...

Justo.

El espejo está comenzando a empañarse por el vapor, y eso por fin le proporciona unos instantes de clemencia. El Guardagujas se pone un poco de espuma en la mano izquierda, pero no consigue encontrar la motivación para seguir adelante. ¿A quién le importa una mierda que cuando regrese a Los Ángeles luzca un afeitado apurado? A lo mejor les dice que ha decidido dejarse barba. Al menos así ocultaría parte de los estragos del tiempo y de sus malos hábitos, ¿verdad? Además, ¿no es a eso a lo que se dedica Albany?, ¿a ocultar estragos? Se aclara la espuma de la mano y cierra el grifo.

Ese día todos descubrieron el Infierno a orillas del mar de Salton, ese día que su mente continúa reviviendo. La agente Vance apoyada en el marco de la puerta ha bajado la pistola y se ha tapado la boca, tratando de contener las arcadas.

—¡Dios! —repite, las palabras amortiguadas, y entonces mira al Guardagujas.

Jamás había visto a nadie tan asustado, piensa entonces él. No es cierto, ni por asomo, pero en cualquier caso eso es lo que piensa.

A una vieja que una mosca se tragó conozco yo...^[9]

¿Qué?

No sé. Llevo todo el santo día sin conseguir quitármelo de la cabeza.

Más allá de los cadáveres, lo que queda de tres chicas y dos chicos, ninguno de más de dieciséis o diecisiete años, hay un viejo aparato de televisión, una verdadera antigüedad, idéntico al que sus padres compraron en su infancia. La primera televisión en color que tuvieron. En la pantalla no hay más que estática, un temporal de nieve eléctrica blanca, los copos arrastrándose como hormigas por la pantalla curva, deslizándose detrás del cristal como mortíferas esporas arrastradas por el viento.

—Detened los helicópteros —le dice a la radio, a pesar de que no está seguro por completo del motivo de su orden. Algún instinto enterrado en lo profundo de su rombencéfalo, que lo alienta a actuar antes de que los procesos cognitivos superiores se interpongan en el camino hacia la supervivencia—. Tengo que hablar con Edwards. Estableced una zona de exclusión aérea que cubra todo el terreno entre el sur de Palm Springs y Mexicali. Bloquead las carreteras.

La radio crepita y revive de pronto, y el hombre al otro extremo de la conexión pregunta el porqué.

—Porque lo digo yo, ¡coño! —brama él—. Porque me imagino que no

quieres quedarte sin tu puto trabajo.

Oye pisadas por el tejado de zinc.

Alfred Russel Wallace fue la primera persona que identificó el hongo, en Brasil, allá por 1859. Sí, Wallace, ya sabéis, el tipo que a punto estuvo de ganar a Darwin por la mano, ¿o es que no leéis nunca nada?

En su habitación junto a la línea férrea, el Guardagujas se seca el rostro con una toalla bordada con el logotipo del hotel. Tras permitirse una última mirada a su demacrado reflejo, regresa a la cama; a continuar con los dossieres, el maletín y el *whisky*; a continuar esperando que la larga noche de Arizona llegue a su fin.

4. Un pedazo de cielo (17 de agosto de 1968)

Y ahora cojamos este reloj de plata de cara abierta que el Guardagujas siempre lleva metido en el angosto bolsillo interior superior izquierdo del traje barato que viste. Antes que a él, perteneció a uno de sus cuatro bisabuelos, y lo ha llevado desde el día en que ella murió. Será este reloj lo que le haga ganarse su apodo. Su madre lo guardaba en su tocador dentro de una vieja caja metálica de bombones surtidos. Cojamos este deslustrado reloj de plata, fabricado en 1888 por la Elgin Watch Company de Elgin (Illinois), y giremos la corona en sentido contrario a las agujas, haciendo que las manecillas retrocedan hacia el pasado 34.256 revoluciones completas. Con esta acción llegamos a la noche del 17 de agosto de 1968, a la sala de estar de una casa en las afueras de Birmingham (Alabama). Es sábado por la noche, y el Canal 13 de la WVTM, cadena afiliada a la NBC, está emitiendo su maratón semanal de medianoche compuesto por tres películas de monstruos. El niño que un día llegará a ser conocido como «el Guardagujas» por sus compañeros de trabajo y un puñado de personas más tiene ocho años, y le permiten quedarse levantado los viernes por la noche (hasta la madrugada del sábado) para ver esas joyas en blanco y negro. Mientras sus padres duermen, él tiene la oportunidad de disfrutar con el redosaurio de Ray Harryhausen, el Quasimodo de Charles Laughton y, finalmente, con una película de 1934 del director inglés James Whale, un film poco conocido y que en su momento se creyó perdido: *La doncella de las estrellas*.

Al igual que en su ya clásico *Frankenstein*, Whale eligió la paleta del horror gótico para su historia de ciencia ficción/fantasía que se desarrolla en un ignoto décimo planeta transneptuniano situado más allá del recientemente descubierto Plutón, «en las inmediaciones de los más remotos confines del sistema solar». Los efectos especiales son cortesía de Willis O'Brien, recién salido de *King*

Kong y de *El hijo de Kong*; cuenta con una inquietante banda sonora inconfundiblemente modernista obra de Max Steiner (otro veterano de *Kong*) y guion de nada menos que del creador de Tarzán, Edgar Rice Burroughs. *La doncella de las estrellas* supondría la única ocasión en la que Burroughs escribió para la gran pantalla.

El niño bebe sorbos de una Coca-Cola, sin gas por el medio puñado de cacahuetes salados que ha dejado caer en el interior de la botella, y lucha con todas sus fuerzas por mantenerse despierto. Pero raro es el viernes que consigue aguantar las tres películas enteras. Se está adormeciendo, y el film está empezando a desdibujarse y mezclarse con sus sueños a medio conformar. Al día siguiente tendrá problemas para recordar qué fragmentos de historia eran realmente parte de la película y cuáles imaginó en su sueño.

Una mujer esbelta de níveo cabello está encerrada en una torre negra en una ciudad situada en la linde de una llanura todavía más negra. Desde su prisión atisba por entre los barrotes de las ventanas, y su mirada recorre los insólitos ángulos de una ciudad esculpida en obsidiana y ónice, granito y pizarra; los tejados y extraños jardines colgantes, y los chapiteles de otras torres. En lo alto, el sol es tan solo una tenue mancha borrosa que observa este mundo a través de un velo de noche perpetua. La mujer de pelo albo ha sido recluida por un malévolo anciano, que podría ser un alquimista, un científico o un mago (esto es algo que no queda del todo claro en ningún momento), y que pretende desposarla muy en contra de la voluntad de ella. Su única esperanza de liberación radica en una espada que puede derrotar a la dragontina bestia *stop-motion* que custodia las puertas de la torre. Sin embargo, la espada se perdió antaño en una guerra casi olvidada entre el pueblo de este mundo y unos gigantes llegados de otra dimensión con intención de invadirlo y conquistarlo. Ni que decir tiene que hay un héroe, un hombre apuesto de cabello tan claro como el de la mujer, que elude a los robots-soldado del alquimista y viaja allende la ciudad para recuperar la espada, la cual resulta haber sido robada por una grotesca raza de cangrejos humanoides alados, unas criaturas que habitan en un bosque de gigantescos hongos luminosos —altos como secoyas— a la orilla de un mar subterráneo. Esta especie adora a esos mismos seres que en el pasado fueron derrotados por la espada mágica, la cual mantienen escondida con la esperanza de que esos titanes transdimensionales regresen algún día.

Las criaturas hablan un idioma que suena como el zumbido de las abejas.

De vuelta en la torre negra, el villano mira por un catalejo enorme y se confía

a su prisionera, revelándole el reciente descubrimiento de un planeta que orbita mucho más cerca del Sol, un paraíso de azules y verdes que pretende conquistar y someter con un mortífero rayo calórico. Luego le cuenta que los dos juntos viajarán por el éter para gobernar este nuevo dominio como sus legítimos monarcas. En ningún momento se pormenoriza cómo se llevará a cabo este tránsito, pero resulta evidente que el método de transporte no es nada tan prosaico como un cohete espacial.

«Solo nuestras mentes tienen que abandonar esta esfera y acometer el largo y frío viaje a través de la oscuridad», explica el alquimista. «Estos cuerpos que lucimos, amor mío, no son más que prendas raídas que nos han quedado pequeñas. En el nuevo mundo tendremos flamantes nuevas formas, flamantes nuevos cuerpos».

Dos cirujanos son llamados, hombres encorvados más semejantes a buitres, y la mujer de cabello níveo es sedada con unas gotas de una tintura narcótica. Entonces los cirujanos le sujetan un extraño casquete metálico a la cabeza y se disponen a cortar el cráneo y extraer el cerebro. Mientras tanto, nuestro héroe, que contra viento y marea ha conseguido arrancar la espada de las pinzas de los crustáceos voladores, se enfrenta a la criatura dragontina que custodia la entrada de la torre.

La doncella. El científico loco. El paladín.

Tres arquetipos nítidamente perfilados.

Pensemos en ellos como en cartas de tarot.

Pensemos en la película como en una tirada de tarot.

Según *Los Angeles Times* y algunos otros periódicos y publicaciones sensacionalistas, la actriz que interpretó a la heroína en *La doncella de las estrellas* falleció tan solo cinco semanas después de que se pusiera punto final a la producción, tras sufrir daños cerebrales generalizados en un accidente de automóvil. Esta ironía no ha pasado inadvertida a todos esos cinéfilos morbosos que se dedican a catalogar las supuestas películas malditas. Su fallecimiento es un hecho bien documentado, pero también circulan rumores de que se habría vuelto paranoica y dejado un diario con una última entrada de lo más peculiar: varias páginas en las que desvariaba sobre visitas nocturnas de «hombres altos con traje negro» que se personaban en sus ventanas y la observaban cuando la creían dormida. Estos individuos hablaban con «zumbidos y clics», habría escrito supuestamente la actriz.

El actor que interpretó al alquimista murió al año siguiente de una sobredosis

de morfina, después de que su relación homosexual con un guionista mucho más joven pasara a ser *vox populi* entre sus colegas. Al parecer, había estado vinculado a diversas sociedades herméticas y teosóficas, y durante los tres últimos años de su vida había mantenido correspondencia con Aleister Crowley y otros ocultistas.

En cuanto al héroe de la historia, abandonó la interpretación en 1936 y se fue a vivir a Nuevo México, donde escribió un par de novelas de ciencia ficción, *Perdido entre las estrellas* y *El ocaso de la Tierra*, ninguna de las cuales llegaría a ser publicada; ambas son poco más que un puñado de teorías apenas coherentes sobre la vida en Venus y Marte, una base secreta marciana bajo el desierto y el papel que el actor consideraba que los extraterrestres habían desempeñado en el nacimiento del comunismo y la Revolución de Octubre. Fue hallado muerto en 1946, cuando *La doncella de las estrellas* había sido prácticamente olvidada y la última copia se creía perdida en el incendio de un cine de Burbank.

Y también está el cámara que se rumorea se habría colgado durante el rodaje.

Y el maquillador que habría muerto pocas horas después del estreno.

Y los desconocidos que, según algunos, incluido el director, habían andado merodeando por el plató, hombres ataviados con trajes oscuros que resultarían muy semejantes a los mirones de la actriz.

Sacad de todo esto las conclusiones que queráis o no saquéis ninguna.

A diez minutos del final, el niño de ocho años pierde la batalla y se desliza de una semivigilia al sueño profundo. Transcurrirán nada menos que veintiséis años antes de que descubra cómo termina la historia, si la doncella es rescatada y el villano derrotado. Veintiséis años antes de que sus escasos conocidos lo conozcan como «el Guardagujas» y descubra cómo la película disfrazaba ligeramente, para hacerla pasar por ficción, la pesadilla que se había desarrollado en una remota granja de Vermont en 1927. Cómo el film presagiaba otros sucesos más aciagos que tendrían lugar en décadas posteriores a su estreno. Y la película también le llevará un día, si bien por muy tortuosas vías, hasta una destartalada cafetería de Winslow (Arizona).

Los presagios más reveladores nunca *parecen* presagios.

5. El último rey de los vagabundos^[10] (Vía Refulgente) (10 de julio de 2015)

Bajo un cielo despiadadamente azul, la locomotora Engine 69 arrastra su serpiente plateada, bamboleándose y traqueteando estrepitosa a lo largo de lo que antaño fue la icónica línea de Atchison, Topeka y Santa Fe. Ha salido de Flagstaff quince minutos atrás, avanzando en dirección oeste a través de la meseta de Colorado. En su coche cama, el Guardagujas está sentado de espaldas a la máquina, mirando hacia el este, en dirección contraria a la marcha. No le gusta ese insípido tono azul que se cierne sobre la tarde, así que mantiene la mirada clavada en el mosaico marrón verdoso de matorrales y pinos ponderosa. El nevado monte Elden va encogiéndose según el tren se aleja, y el perfil de Flagstaff contra el horizonte ya ha desaparecido por completo. Tan solo un brumoso velo de contaminación marca su emplazamiento. A los pies tiene el maletín de Immacolata. Gracias a la nueva botella de *whisky* escocés que se ha agenciado antes de montar en el *Southwest Chief*, ya está lo suficientemente cocido como para que la noche del día anterior vaya quedando relegada a un segundo plano. Incluso cree que a lo mejor consigue echar una cabezadita antes de llegar a Los Ángeles, ahora que ha terminado de redactar su informe. Seguro. Unos pocos sorbos más y el sueño ya no será algo tan inalcanzable.

Pero justo en ese instante llaman a la puerta del compartimento, cuatro golpes secos, y al principio se imagina que no será más que alguno de los empleados del tren, porque quién demonios va a ser si no. Un empleado, o tal vez algún otro pasajero que haya confundido el compartimento del Guardagujas con el suyo. Sin embargo, cuando descorre la cortina azul que proporciona privacidad, el rostro del hombre que está de pie en el pasillo le resulta la hostia de familiar. Y tal vez no sea la ultimísima cara que le apetece ver justo en ese momento, pero sin duda está bastante arriba en la lista. Durante unos segundos

se permite fantasear con no abrir la puerta, con fingir no reconocer los ojos inquisidores y la nariz torcida, los labios finos y el mentón prominente. *Te has equivocado de hombre, tío, así que tira para adelante. Amárgale el día a algún otro pringado.*

Es agradable mientras duran, esos cuatro o cinco segundos, tras de los cuales levanta el pasador, tira del picaporte y corre la puerta. El ruido del pasillo inunda la habitación, envolviéndolo y atravesándolo, como las atronadoras y discordantes notas de la resaca de cojones que se le avecina. El hombre —que se llama Jack Dunaway— le saluda con la cabeza y sonríe, y sus pequeños ojos oscuros brillan cuando entra en el compartimento. El Guardagujas amaga a su vez una sonrisa antes de cerrar la puerta tras de él y volver a echar el cerrojo.

Jack Dunaway toma asiento. Tiene quince años menos que el Guardagujas, que se dejan notar. Fue reclutado hacia el final del mandato de George W. Bush, cuando terminó sus estudios universitarios en el prestigioso MIT de Massachusetts.

—He subido en Flagstaff —dice.

—Bueno, ya me imaginaba que no habías descendido en paracaídas sobre el techo del tren como el puñetero Roger Moore —replica el Guardagujas, y sigue con los ojos la mirada de Jack hasta el maletín.

—¿Es eso?

—Sí, eso es. ¿Pensabas que iba a regresar con las manos vacías?

—Coño, nunca se sabe, ¿a que no? Dime, ¿es tan terrible como se cuenta?

—¿Terrible? Creo que antes de intentar describirla me gustaría disponer de un puñado de adjetivos un poco más malsonantes. ¿Qué coño estás haciendo aquí, Jack? ¿Qué es lo que no podía esperar una pocas horas más hasta que estuviese de regreso en Los Ángeles?

—Es una pena que te hayan puesto en este lado del tren —comenta Jack mirando por la ventana—. Desde el otro se ve la sierra de San Francisco, que son los restos de un volcán prehistórico. ¿Lo sabías?

—He tenido suficiente paisaje para una temporada —dice el Guardagujas, y le da un trago al *whisky*, llevando buen cuidado de no ofrecer a Dunaway—. No has respondido a mi pregunta.

La mirada de Jack salta del paisaje meridional hasta el Guardagujas, para a continuación volver a desviarse hacia la ventana y el desierto que se desliza a toda velocidad al otro lado del cristal tintado.

—Me temo que no vas a regresar a Los Ángeles. Te bajas en la estación de

Williams Junction. Te tenemos preparado un vuelo para esta tarde, desde Clark, a las seis y diecisiete.

Al Guardagujas le gustaría asestarle un puñetazo en la cara.

—Yo nunca vuelo —dice.

—Te necesitan en el lago Groom.

—Que le den al lago Groom. Yo nunca vuelo, joder, sabes que no cojo ningún avión de mierda. Y además, Destinos dijo que después de ir como correo a Winslow podría descansar. Mandad a Vance.

—Te mandamos a ti —insiste Jack Dunaway. No suena enfadado ni impaciente, tan solo aburrido.

—Y una mierda. Enviad a Vance.

—Bueno, esa hubiese sido mi primera opción, pero Vance va a estar en el banquillo una temporada. Y puede que incluso una temporada larga.

—¿Y eso por qué coño?

—Tienes mucha ira en tu interior, ¿lo sabes? Al corazón de un tipo de tu edad eso no le conviene nada. Toda esa ira y todo ese aguardiente.

—El lago Groom es territorio de Vance —dice el Guardagujas pasando por alto el comentario sobre su temperamento, que tampoco es que sea del todo falso.

Dunaway echa una mirada a la botella de J&B, coge uno de los vasos de plástico desechables del lavabo y se sirve. La luz que entra por la ventana lo obliga a entornar los ojos.

—Vance dio positivo anoche. Ya está en cuarentena en Atlanta. En cualquier caso, Albany no quiere a Vance, te quieren a ti, y tú vas a meterte en ese avión.

Pero el Guardagujas no oye esta última parte. No ha llegado más allá de «Vance dio positivo anoche». De pronto nota un nudo gélido en el estómago que ni todo el *whisky* del mundo conseguiría derretir. Clava la mirada en Dunaway, y este se la devuelve.

—¿Cómo va a ser eso posible? Pasó por descontaminación. Todos estábamos limpios.

Dunaway niega con la cabeza, se medio encoge de hombros y amaga una sonrisa.

—Tío, tú te llevas la palma, ¿lo sabes? Después de todos estos años todavía te molestas con los porqués y los cómo. No tengo ni puta idea de cómo sucedió. Dio positivo. Eso es lo que me han contado, así que eso es lo que sé. ¿Qué tal si dejas de tocarme las pelotas? —Vuelve a tapar la botella y se la alarga al

Guardagujas.

Piltrafilla petulante, piensa este, *¿cuándo ha sido la última vez que siquiera te ensuciaste las manos?* Vacía su vaso y luego lo rellena hasta la mitad. Deja la botella en el suelo junto al maletín, lejos del alcance de Dunaway.

—¿Alguien más? —pregunta.

—¿Alguien más qué?

—¿Es Vance el único positivo hasta ahora?

—Del equipo, sí. Que yo sepa. Eso es todo lo que me han contado.

—¿Así que de California nada? ¿No hay malas noticias de Bombay Beach?

—Tío, si te molestaras en llamar con más frecuencia estarías un poco más puesto en las novedades. Hasta donde yo sé, no hay casos en la zona caliente. Pero huelga decir que ambos sabemos que eso no significa prácticamente nada, con los epidemiólogos todavía atascados tratando de averiguar con exactitud a qué nos enfrentamos.

—Nosotros ya sabemos a qué nos enfrentamos —señala el Guardagujas, las manos trémulas por las ansias de fumarse un cigarrillo.

Dunaway repite el amago de sonrisa.

—Bien, vas a tener que perdonarme si no me trago la mierda esa de Standish. Si tú quieres, adelante, pero yo estoy esperando algo un poco más científico que las sandeces de un loco sobre mildiu extraterrestre del planeta X.

El Guardagujas saca su cajetilla medio vacía de Camel, la abre y luego la vuelve a guardar. Hay que ver el lado bueno de las cosas, ¿no? Como ya falta poco para Williams Junction, al menos va a poder fumar un puto cigarrillo, o cinco, antes de que lo arrastren hasta el avión a Nevada.

—¿Es que solo tienes malos hábitos? —pregunta Dunaway con una sonrisa burlona.

—Tú no estuviste allí —dice el Guardagujas haciendo caso omiso de su comentario—. Tú no lo viste.

Y se siente empujado a enumerar la extensísima lista de rollos chungos que este cabronazo treintañero ni ha visto ni conoce y al parecer es incapaz de imaginar, pero ¡para qué! Aquí, sentado frente a él, tiene a la siguiente generación; al futuro de la Compañía a la espera de la jubilación de los viejos e ilusos espías de la Guerra Fría como él. Un futuro de lo más prometedor y demás gilipollices optimistas. Al Barbican Estate le tiene que reconocer una virtud: los agentes de Y no te salen con todas estas paparruchas racionalistas y escépticas.

—Lo que tú digas. Yo solo estoy aquí para asegurarme de que no encuentres

forma de joderla y perder el avión. Si quieres creer en hombrecillos verdes, adelante. Y si por el mismo precio también en el ratoncito Pérez, no seré yo quien te ponga pegas.

—¿Y qué pasa con el caso?

—Sigues con él. Yo me llevo tu informe, tú te quedas el caso.

—Antes no solíamos ser tan jodidamente chapuceros —dice el Guardagujas asintiendo con un cabeceo.

Está pensando en Vance, dando primero negativo y luego positivo. También está pensando en todas las personas con las que él ha estado en contacto desde que salió de la cuarentena: Los Ángeles, Winslow, el tren y los taxis, restaurantes y bares, el hotel... ¿A cuántas ascenderán contando todo?, ¿quinientas, tal vez?, ¿más de quinientas? Y toda *esa* gente, ¿con cuántos más habrán estado en contacto? Si él está infectado, ¿cuántos miles de oportunidades de contagio se habrán producido por su culpa? Cierra los ojos y se concentra en el ritmo de las ruedas de acero contra las vías.

El fin del mundo con crecimiento exponencial.

—No necesito una puta niñera —dice.

—Ni yo necesito un bolo como vigilante tuyo, pero es lo que hay.

El Guardagujas no dice nada más. Se limita a cerrar los ojos, tratando de no pensar en Vance confinada y muriendo. Muchísima suerte, colega.

6. El principio que viene después del fin (2 de julio de 2015)

«Sois tan hermosos», nos dice Drew, a mí, a Madeline y al resto de seres anónimos. Es que para mí, los demás se han vuelto anónimos. «Todos vosotros, cada uno de vosotros, sois tan perfectos... Sois la materialización de mis sueños. Nosotros somos hijos de los eones. Vosotros sois el camino hacia la liberación. Aquí nada es accidental».

Diría que la televisión suena como una cascada de no ser porque nunca he estado en una, solo he oído grabaciones, y las grabaciones solo son ecos y los ecos pueden ser falaces. Así que diré que la televisión suena como la lluvia en las calles de una ciudad depravada que jamás tendré que volver a pisar. Nunca jamás, y eso es una promesa. Estamos sentados en el interior del mandala que Drew ha trazado raspando el suelo de la habitación del televisor. ¡Dios!, este cuarto está atestado de fantasmas, y los fantasmas son también ecos. Los oigo y los veo. No sé si los demás también. Anoche cuando se lo conté a Drew, cuando le hablé de los fantasmas, pero entre susurros, porque tal vez ellos puedan oírme a mí, dijo que era una señal de la cercanía de los vientos estelares. Eso me puso la carne de gallina, hizo que algo pequeño y asustado se lanzase a corretear sobre la tumba en la que nunca descansaré. Y ahora estamos aquí sentados en plena noche con el zumbido de las voces del ruido blanco de la televisión a todo volumen y con la noche ciñendo apretadamente la casa como una toalla mojada. Drew nos lee del Libro Negro. Le ha contado a Madeline (me lo ha dicho ella) que lo encontró en Irán, donde había estado escondido desde la época del Imperio aqueménida, el también llamado primer Imperio persa, en el 352 a. de C., cuando fue depositado en la tumba de... bueno, él nunca lee el nombre en voz alta. Hay cosas que son así, nos asegura. Determinadas palabras no se pronuncian en voz alta. Solo las conoces, y solo osas musitarlas en sueños.

Todos nosotros fuimos revelados a Drew por el Libro Negro. Nuestros nombres están escritos en él.

A nosotros no se nos permite ver las páginas del libro.

No me importa.

«Así de larga ha sido nuestra espera», dice él. «Durante tantos siglos difíciles las promesas continuaron sin hacerse realidad... acumulando el peso de segundos, minutos y horas, mientras los mensajeros de Yuggoth preparaban el camino, mientras extraían de este mundo lo que necesitaban para construir ciudades eternas para nuestras almas».

Drew pasa la página.

La chica que encontró en Seattle trata de hablar, y él interrumpe la lectura para escucharla. Los ruidos que hace ya no son exactamente palabras. Todos creemos que ella será la primera. Antes era bonita y ahora, transformada, es hermosa. No, incluso esa palabra se queda corta. «Una flor», dice Madeline. «Se abrirá como una rosa y los vientos estelares se desatarán desde el cielo y las montañas para arremeter contra las rocas e izarla por los aires hasta el firmamento. Igual que también seréis llevados todos vosotros». Últimamente, cuando subimos al tejado tenemos que cargar con ella, con la chica de Seattle, y también al bajar. A la luz grisácea de la televisión, su piel centellea con colores cuyos nombres desconozco. Hace unos días ella tenía miedo, pero ya no creo que lo tenga. El miedo al tránsito es una afrenta a los mensajeros, asegura Drew. El miedo es un veneno que encadena la mente de hombres y mujeres a la roca donde los picos crueles de aves hambrientas devoran eternamente el hígado de Prometeo.

Ayer olvidé mi nombre. Fue una sensación extraña, percatarme de que ya no sabía cómo me habían bautizado mi madre y mi padre, fueron unos segundos de pánico helador. Pero el pánico fue pasajero y a continuación llegó la paz y serenidad. En el viaje que tenemos por delante no podemos cargar con nuestro nombre.

Drew coloca en el centro del mandala el cilindro metálico que será su cuadriga cuando atraviese el vacío. Madeline también tiene un tubo plateado. Cuando nosotros, los que él ha traído hasta este vergel, hayamos consumado lo nuestro, entonces él y Madeline también afrontarán su propio tránsito, que no será igual.

Creo que mis pensamientos no fluyen como antes.

Casi alcanzo a recordar haber sido de otra manera.

Drew lee del libro las líneas sobre el desbordamiento y las líneas sobre la grieta en el terreno que yace bajo las aguas del mismo. El libro llama Jachin al desbordamiento y Boaz a la grieta. A nosotros nos han enseñado a llamar con nombres equivocados a las cosas, una artimaña perpetrada por los Primigenios, a los que les gustaría demorar nuestra evasión eternamente. Nos enseñaron a llamar San Andrés a la grieta y nos enseñaron a llamar Salton al desbordamiento. En los nombres reside toda la potencia de la fisión de un átomo, y si robas los nombres robas la esperanza. Todas las noches bajo a dormir y me zambullo entre los peces que nadan en las aguas de Jachin. Las tilapias son ángeles iridiscentes que se deslizan en silencio sobre el fondo cubierto de cieno y lodo, y el sol se filtra por entre esos serafines fantasmales que son los roncadores y las corvinas de boca amarilla.

«Un día, ya muy pronto —afirma Drew—, Boaz se estremecerá y Jachin asesinará a los suyos. Y entonces sabremos que el día ha llegado.

»Ya está muy cerca. Lo juro por mi vida. Tan cierto como que vosotros, Bo y Peep, Doe y Ti, sois los Hijos del Siguiete Nivel».

La televisión y el runrún de las voces enterradas en el ruido blanco no es lo único que se oye. En el tocadiscos también está sonando un viejo vinilo, una aguja de diamante libera a los Beatles igual que nuestros caparzones florecidos pronto liberarán nuestras almas e igual que el fruto de nuestro tránsito también liberará un millón de almas más. La música es un contrapunto a la televisión y me reconforta. De modo que tenemos la sinfonía resultado de la combinación de ruido blanco, de los mensajeros, de Lennon y McCartney, y de las palabras leídas del Libro Negro. Todo ello junto es la tercera de las siete trompetas. *Y el nombre de la estrella es Ajenjo. Y un tercio de las aguas se transformó en ajeno; y muchos hombres murieron a causa de las aguas, porque se volvieron amargas.* Es un poema, nos han dicho, y un poema es una metáfora, y es responsabilidad nuestra si tomamos las estrofas literalmente.

Justo antes del amanecer contemplé las luces que de tanto en tanto vienen a despertarnos, azules, carmesíes y púrpuras. Las luces que danzan sobre el desierto y danzan sobre la casa y danzan sobre todos nosotros.

—¿Lo has oído?

—¿Que si he oído qué? —pregunté al muchacho que Drew y Madeline habían encontrado en un burdel de Las Vegas.

—Era como si alguien estuviese llorando, muy lejos.

—No, no lo he oído —respondí, y le pedí que no hablase tanto.

¿Cuándo fue eso?

Mis recuerdos son como las aguas que afluyen en Jachin y se disuelven en la salmuera, más salada que el propio mar.

Drew cierra el libro y lo deja junto al cilindro. Al otro lado de las delgadas paredes de la casa, los mensajeros se mueven de aquí para allá, y son como ángeles. Sus alas tiemblan con una frecuencia que hace vibrar nuestros huesos. Con sus chasquidos entonan una melodía quitinosa, otra capa añadida a la sinfonía. *Mirlo que cantas en mitad de la noche, llevas toda la vida esperando, toma estos brazos destrozados^[11], mi corazón destrozado, nuestras vidas arruinadas, y acógenos a tu lado. Mirlo que cantas...*

Siete por un secreto que nunca será revelado^[12].

Todo será revelado.

La chica de Seattle está medio gimoteando.

«¡Chist!», dice Drew. «¡Chist!, ¡chist! Silencio, cielo».

Mirlo que cantas...

Agacho la cabeza (no me resulta tan sencillo como ayer) y escucho a Drew mientras él traduce para nosotros.

«Comienza aquí, con las semillas de vuestra transformación, pero los vientos estelares serán un transbordador que llevará el regalo de los mensajeros hasta los últimos confines. Todos esos demonios en sus búnkeres secretos y salones gubernamentales de mármol... todas sus conspiraciones y maquinaciones habrán sido en vano. Sus complots se vendrán abajo con cada inhalación de esos mismos a los que han intentado arruinar. Seréis aspirados a través de bocas y fosas nasales desprevenidas, bajaréis por gargantas hasta pulmones y estómagos. Así que que le den a la revolución digital y que le den a su Oficina de Gestión del Espectro. A la postre no les servirá de nada. Los agentes anónimos con su traje negro y corbata fina, esos hijos de puta que hicieron todo lo posible por ocultar las visitaciones sagradas de Kecksburg, Roswell, Tunguska, la isla de Spitsbergen y el valle Paradise. Llamémosles X, Y y Z. Llamémosles lo que sea, joder. Han mentido e intimidado a todo el mundo. Se plantan en la puerta de las casas. Atisban por ventanas, ojos de cerraduras y agujeros en paredes de cubículos de retretes. Intimidan y dejan caer insinuaciones falsas. Son los semidioses del estancamiento y esta es la semana de su caída, que por fin ha llegado».

Ahora quiero cerrar los ojos.

Pronto, peregrino. Pronto.

Un ruido sordo. Un correteo. Un golpe fuerte. Los mensajeros están ahora en el tejado.

«Ellos llegaron hasta un afortunado elegido en Vermont, allá por el otoño de 1927. Pero esos hombres anónimos intervinieron, y claro que podrían haber ganado ese asalto concreto, pero cuando llegue lo que se avecina lo van a lamentar. Cuando el planeta se convierta en un vergel y el cielo esté tiznado de nubes nacidas de los caparazones que los creyentes habrán dejado atrás, llorarán ante la futilidad de todos sus amargos esfuerzos. Incluso ahora, mis chiquillos, ellos continúan conspirando y pugnando, engañados, trazando planes para esa batalla final. Todo en vano. Atravesarán la noche en furgonetas negras y cadillacs azabache, cuatro caballos de un apocalipsis insensato. Se plantarán en nuestra puerta. Pero llegarán demasiado tarde».

Hosanna.

Por los siglos de los siglos.

Amén.

7. Por toda la atalaya^[13]/Ciudad de Medianoche (1927, 1979, 2015, 2043, etc.)

Eres quien eres, hasta que dejas de serlo.

Esta es la Primera Ley.

Doce mil metros por encima del Atlántico Norte, Immacolata Sexton surfea por los picos y valles de las oleaginosas olas del Entonces, el Ahora y el Lo Que Será. El ronroneo metálico de los motores turbofan del Gulfstream G280 es la mejor nana que jamás ha oído, y eso que prácticamente las ha oído todas. Aunque tenga los ojos abiertos y aunque responda cuando la azafata le habla, en esos momentos su estado cognitivo no se asemeja en absoluto a la vigilia. El avión vuela raudo hacia Inglaterra a 0,80 Mach, pero la conciencia prisionera en el cadáver viviente de ella no conoce ningún límite de velocidad relevante y viaja simultáneamente en todas las direcciones. Es la perfecta viajera y realiza escapadas por el continuo espacio-tiempo en perpetua expansión sin siquiera abandonar su asiento. Es una turista de la espuma cuántica, sin ataduras, sin restricciones, y su hach no tiene ni principio ni final. Las reglas son para las mentes cuadrículadas.

Parpadea, y es una mañana gélida de febrero dos días después de que el ayatolá Ruhollah Mūsavi Jomeini derrocara al shah y se hiciese con el control de Irán. Seis días atrás, Plutón entró en la órbita de Neptuno. Hace once días, Sid Vicious murió de una sobredosis de heroína. Immacolata Sexton marca la hora como si de la página de un libro se tratara. Mañana, el embajador estadounidense en Afganistán será secuestrado por extremistas musulmanes. Marca los minutos y coloca postes indicadores en todos y cada uno de los milisegundos. No le conviene perderse aquí.

El cielo es del color del plomo.

Immacolata camina despacio a través del embalse de Scituate, a unos pocos

kilómetros al oeste de Providence (Rhode Island). Bajo sus botas cruje una capa de dos o tres centímetros de nieve reciente, y el ayudante del *sheriff* ya ha comentado en un par de ocasiones que su ropa no es la adecuada para el tiempo que hace. No lejos de la Ruta 114 hay un agujero que atraviesa el hielo, desde el que las grietas se extienden como las hebras radiales de una telaraña. El viento que atraviesa el embalse suena perdido.

—¿Dónde está el hombre que lo vio? —pregunta ella.

El agente la mira un instante antes de responder:

—Lo mandamos a casa, pero no está lejos de aquí. —Parece asustado.

—Necesitaré hablar con él.

—Por supuesto, señora. Eso no es problema.

Él cree que ella es de la Agencia Nacional de Seguridad, y este cuento debería aguantar lo suficiente como para que le dé tiempo a ver lo que necesita ver. Un poco más al sur, una inteligente mentirijilla urdida por Londres tiene a dos agentes de Albany corriendo en círculos. Para cuando la desmonten y se centren, ella ya se habrá marchado. Es una violación de tres acuerdos interinstitucionales distintos, pero son cosas que pasan. Con suerte, todos reaccionarán como adultos.

—Pensó que a lo mejor se trataba de un satélite —dice el agente.

—¿Fue eso lo que le dijo?

—Sí, señora. Dijo que frenó o algo y se enderezó justo antes de chocar contra el hielo, como si a lo mejor estuviese tratando de llegar a aquellos árboles de allí. —El agente señala con un dedo de su mano enguantada hacia la línea de robles y arces en la orilla este—. Pero yo le dije que eso no tenía demasiado sentido. Los satélites no llevan dentro piloto ni nada, ¿a que no? También se le ocurrió si sería algún tipo de avión, pero ese agujero es demasiado pequeño. Para un avión, digo yo.

El agujero tiene aproximadamente forma de lágrima, con unos cuatro metros en su punto más ancho y el extremo estrecho orientado hacia el norte, la dirección desde la que venía la cosa que cayó del cielo, de acuerdo con el testigo.

El testigo que dijo que la cosa cayó envuelta en llamas.

El testigo que dijo que la cosa gritó.

En el hielo hay unas marcas extrañas en parte desdibujadas por la fina nieve que todavía continúa cayendo, marcas que apuntan a que el objeto pudiera haber patinado alrededor de unos cien metros antes de atravesar la superficie helada y

hundirse hasta el enlodado fondo del embalse a quince metros de profundidad.

—El hombre con el que hablamos en la Universidad de Brown, el astrónomo, cree que lo más probable es que fuese un meteorito —dice él.

—Es lo más probable —repite ella.

El objeto había sido detectado por controladores aéreos de los aeropuertos de Logan, en Boston, y T. F. Green, en Providence; y la base de las fuerzas aéreas de Hanscom, en Bedford (Massachusetts), había seguido su trayectoria durante un breve lapso de tiempo. Esta última calculaba que se movía a unos tres mil doscientos kilómetros por hora, velocidad varias veces inferior a la de la caída de un meteorito. La bola de fuego fue vista por toda Nueva Inglaterra y la zona norte del estado de Nueva York.

El viento alborota el cabello negro de Immacolata y le agita la blusa. Ella mira la hora en su reloj de muñeca y luego observa el cielo gris. Se levanta el cuello del abrigo, por guardar las apariencias.

—Pero me da que el gobierno ni por pienso va a enviar a alguien solo por una estrella fugaz —continúa el agente—. Es más probable, aunque bueno, esto no es más que una mera suposición por mi parte, que se trate de algo que hubiesen puesto en órbita los soviéticos o los chinos rojos. Algo fabricado por los comunistas para espiarnos.

—¿Se refiere a un satélite de reconocimiento? —pregunta ella, y mira al hombre, con una expresión que ni alienta ni desmiente sus especulaciones. Él está hablando por los codos porque tiene miedo, y mejor que hable a que la observe a ella y comience a plantearse esas otras preguntas—. ¿Lee mucho, agente?

—No demasiado. ¿Quién tiene tiempo, verdad? Pero tengo bastante claro lo que andan tramando los rojos allá arriba. Porque Reagan siempre nos está avisando. Y he supuesto que por eso está usted aquí. De no ser así, bueno, sería alguien como ese profesor de Brown. O nadie, si no fuese más que un pedrusco. ¿Cree que a lo mejor es radioactivo?

Ella no responde. En lugar de eso se agacha, limpia de nieve una zona y apoya la palma desnuda contra el hielo.

—Juro por mis muertos que tiene que estar medio muerta de frío —dice el agente.

—Estoy bien —lo tranquiliza ella. Y cierra los ojos.

Treinta y seis años después, en un avión que sobrevuela el Atlántico Norte, se oye la voz del piloto por el intercomunicador informando de que se avecina

una zona de ligeras turbulencias y es conveniente abrocharse el cinturón.

Immacolata parpadea.

Muy por debajo de la superficie helada del embalse de Scituate, algo se está despertando. Tras recorrer un larguísimo camino ha terminado estrellándose y hundido en el fondo de un lago, porque algo salió mal en órbita, un ligero error en los cálculos o un funcionamiento incorrecto. Todo el mundo se equivoca; nada es infalible. Immacolata percibe ira, confusión, impaciencia, pero en ese momento unos chasquidos de la radio del agente rompen su concentración.

Eres quien eres...

Lo que hay debajo del hielo habla con una voz que suena igual que un enjambre airado.

... hasta que dejas de serlo.

Y sabe que ella está ahí.

Y entonces el día se le escapa y durante unos instantes no existe nada salvo la vista desde la ventanilla del Gulfstream, tan solo nubes y la insinuación azulada y rielante de un remotísimo océano allá abajo. Immacolata espera su caída, no del cielo, sino de las endebles hebras del Ahora. Caer es lo más fácil del mundo.

Tan solo es cuestión de recordar que no debe sujetarse.

Todas las cosas están solas en el tiempo.

Esa es la Segunda Ley.

Y henos aquí en un radiante y soleado día de noviembre en el sur de Vermont, apenas un mes después de que el gobierno mexicano aplastara la rebelión de Veracruz y solo cuatro días antes de que Stalin se convierta en el líder indiscutible de la Unión Soviética. Immacolata ha pasado la noche en una sórdida pensión de Townshend, sin dormir, leyendo a Wordsworth a la luz de un farol y esperando el alba. Una noche sobrada de fantasmas recientes. Una semana antes de su llegada, el río West se desbordó, la peor riada de la historia de Vermont. Se han contabilizado ochenta y cuatro víctimas. Más de mil doscientos puentes fueron arrastrados por las aguas. Y nadie tiene ni puñetera idea de cuántos kilómetros de carreteras y vías férreas han sido arrasados, cuántas viviendas y negocios, aserraderos y granjas. Ella ha tenido que atravesar las montañas a caballo, siguiendo las sendas embarradas de los animales, subiendo por los tortuosos senderos de cazadores desde Brattleboro. Siempre ha tenido buena mano con los caballos.

A las ocho se pone el abrigo y el sombrero *cloche* de fieltro y sale de la

pensión con su cartera de cuero estilo médico. Un agente de policía la acompaña hasta el cobertizo de ladrillos rojos y tejado de zinc situado detrás de la estación del cuerpo de bomberos voluntarios de la calle Grafton, donde un hombre hosco ataviado con un mono le muestra la fea criatura de piel rosada que han sacado de las aguas crecidas y bravas del río West. No hay manera de saber cuánto la había arrastrado la corriente antes de que se enredara en una maraña de troncos caídos como palillos del mikado, alambre de púas y otros desechos, justo en el límite norte de la ciudad. Dos adolescentes —hijos de un herrero— se habían topado con el cuerpo y habían ido contando su historia por todo Townshend hasta que por fin alguien se acercó a ver qué es lo que habían encontrado. Y lo que habían encontrado resultó ser esto.

—¿De Arkham viene entonces? —pregunta el hombre del mono farfullando las palabras alrededor de la boquilla de una pipa tallada en una mazorca de maíz. Entre la pipa y el acento, a Immacolata le cuesta entenderlo—. Allá abajo tienen profesoras mujeres, ¿verdad?

—Una o dos —responde ella acercándose más a la mesa—. ¿Estaba muerto cuando lo encontraron? —pregunta, y el agente asiente con la cabeza e intercambia una mirada con el otro hombre.

—Ajá —responde el primero—. Y si no lo hubiese estado le hubiésemos pegado un tiro.

—¿Está casada? —pregunta el segundo.

Immacolata no se da por aludida, pero no puede evitar encontrar divertido que a ambos les llame tanto la atención que sea mujer que apenas se hayan fijado en su palidez o en sus gafas de cristales ahumados. Deja la cartera al borde de la mesa y la abre, eligiendo de entre la colección de artículos del interior unos fórceps, un frasco bien tapado de fenóxido de sodio y un par de guantes de goma que se enfunda.

—¿De qué es profesora? —quiere saber el hombre del mono.

—Es doctora de anatomía —responde el agente por ella.

—¿De veras?

—Muy de veras —dice Immacolata hablando poco más que en un susurro. No es una mala mentira. Le bastará hasta que termine en ese lugar.

La criatura que está sobre la mesa es la pesadilla de cualquier biólogo: salta a la vista que no pertenece a ningún filo del reino animal. El exoesqueleto y las extremidades articuladas apuntan a un artrópodo, mientras que el par de apéndices membranosos dorsales casi podrían pasar por unas alas pequeñas y

gruesas. Las extremidades anteriores terminan en una pinza, como las de los cangrejos, langostas o cigalas. En el extremo de lo que Immacolata supone será el cuello tiene un extraño órgano elipsoidal que da por hecho será la cabeza. De él brotan zarcillos carnosos que le recuerdan los tentáculos de las anémonas o los pepinos de mar. De un extremo a otro, la criatura mide poco más de metro y medio.

—¿Sabe qué es? —pregunta el agente.

—No —responde ella, y a continuación utiliza los fórceps para apartar un trozo de piel áspera situado entre dos de las hileras de zarcillos.

—¿Y no se atreve a aventurar alguna hipótesis?

—Mejor no.

Debajo del trozo de piel hay una masa amarilla pegajosa de la que toma una muestra que deposita en un frasco para especímenes vacío. Cuando sea examinada al microscopio revelará estructuras que recuerdan las teliosporas de ciertos hongos pucciniomicetos, también llamados tizones y royas, pero será solo una semejanza de lo más general.

—¿Lo va a comprar, pues? —pregunta el hombre del mono. Se saca la pipa de la boca y ella observa que le faltan la mayoría de los dientes frontales.

—No era esa mi intención —responde, volviendo a meter el frasco para especímenes en la cartera—. De todas formas, con las carreteras cortadas y los trenes fuera de servicio, tampoco es que fuese a tener manera de llevarlo a Massachusetts.

El hombre tuerce el gesto, a todas luces decepcionado, y devuelve la pipa a su lugar entre las encías.

—Ajá, no creo que la tuviera.

—Cuando me vaya, les recomiendo quemarlo.

—¿Y por qué habríamos de quemarlo? —pregunta el agente.

—Por seguridad, simplemente. Más vale prevenir que curar, ¿no?

Immacolata corta uno de los zarcillos, lo introduce en otro frasco y echa unas gotas de fenóxido de sodio en la piel de la criatura. No se produce reacción alguna, aunque tampoco la esperaba.

—Los ancianos de la zona cuentan historias —dice el agente—, cuentos sobre demonios en las colinas, allá por la montaña Turkey. —Hace una pausa y señala hacia el norte.

—¿Historias? —repite Immacolata sin mirarlo.

—Sí, señora. Sobre criaturas que estaban aquí mil años antes que los indios.

Mi abuela, ella nos las contaba cuando yo era pequeño. Decía que podían volar y que habían salido arrastrándose del infierno para morar en los cañones y desfiladeros. Decía que, cuando ella era una cría, un buscador de oro de Montpellier había subido a esas colinas y nunca más se lo había vuelto a ver. Decía que a veces los demonios bajaban volando hasta los pueblos, y que ella había visto sus pisadas en la nieve. Pero mi abuela era una mujer supersticiosa (un poco tocada del ala, a decir verdad) y nunca prestamos demasiada atención a sus cuentos.

—Al parecer su abuela tenía una imaginación desbordante —apunta Immacolata.

Ni que decir tiene que ella también ha oído esas historias y ha leído la monografía de Eli Davenport de 1839 en la que se recopilan diversas tradiciones orales de las montañas Green de Vermont y de las montañas White de New Hampshire, folklore que describe seres muy semejantes a la criatura ahogada y destrozada que yace ante ella. Vuelve a guardar todo en su cartera y la cierra, se quita los guantes de goma y los deja en la mesa junto al cuerpo.

—Por favor, prométanme que cuando me vaya lo quemarán. Enseguida.

—¿Qué prisa hay? —pregunta el agente rascándose la barbilla.

—He visto unos cuantos perros callejeros por el pueblo; si se lo comieran, la carne podría resultar ser venenosa. O incluso podría transmitir alguna enfermedad. Yo en su lugar no correría ningún riesgo.

—¿Seguro, pues, que no lo quiere comprar? —insiste el hombre del mono.

—Seguro.

El avión da una inesperada sacudida y se estremece en torno suyo, e Immacolata es transportada bruscamente de vuelta al Ahora. En el cielo no hay carreteras, tal como ya advertía una película de Jimmy Stewart, tan solo estos impredecibles e invisibles pasos elevados de aire, que te sostienen en lo alto o te dejan caer, con antojos tan caprichosos como los de cualquier dios. Un frente frío de Groenlandia choca contra una masa de aire más cálido y húmedo, y allí está ella atrapada entre ambos. Abróchense los cinturones, permanezcan en sus asientos, por favor, y el piloto asegura que enseguida todo eso habrá quedado atrás. Comprueba si tiene mensajes en el iPhone, pero no hay nada. Es posible que la tormenta que se avecina esté bloqueando la señal, de modo que vuelve a centrar la atención en la ventanilla. Cuatro mil metros por debajo del avión, un paisaje de cañones de turbulentos estratocúmulos le impide ver el mar.

El tiempo es quien pilota, y nosotros somos meros autoestopistas.

La Tercera Ley.

Se deja llevar, y el avión se desvanece como niebla disipándose al final de la mañana.

Durante unos instantes está de vuelta en la mesa de aquella cafetería de Winslow, fumando y escuchando mientras el Guardagujas habla de Drew Standish y sus seguidores.

—Ahí lo tiene todo, con lo del suicidio colectivo —dice él.

Entonces Immacolata parpadea, y pasa a estar caminando por las calles de una ciudad que en el pasado fue Los Ángeles. Para los que nunca se marcharon, ahora es tan solo la Ciudad, destruida por el gran terremoto de 2032, inundada, quemada y al cabo consumida por los invasores que cuando llegaron por vez primera lo hicieron en forma de una terrible enfermedad consuntiva, portada por esporas extraterrestres arrastradas por el viento. Y eso que advertencias las hubo. Se detiene en el exterior de un edificio que se está viniendo abajo, el interior en ruinas, medio sepultado bajo los refulgentes hongos de filamentos viscosos que crecen prácticamente por todas partes. Ya conoce ese lugar; ha estado varias veces antes.

El sol nunca brilla en la Ciudad.

Las naves negras se han encargado de ello.

Dos semanas atrás, la Alianza Panasiática arrojó cabezas nucleares por todo el sur de la India, desde Thiruvananthapuram hasta Bangalore, en un último y desesperado intento por detener el avance hacia el norte de los invasores. Dentro de tres días, la autoridad nominal de lo que queda de los Estados Unidos será asesinada por militantes de la Cooperativa Tierra-Yuggoth. Más adelante, esta misma cooperativa quemará lo poco que queda de Washington.

El futuro está señalizado, al igual que lo está el pasado.

Un viajero también se puede perder aquí, eso es pan comido.

En la entrada del edificio hay una mujer joven que saluda a Immacolata con la mano. Independientemente de lo que este lugar hubiese sido en el pasado —tal vez un hotel, tal vez un banco o un edificio de oficinas— ahora es una madriguera mugrienta donde los infortunados y moribundos se apiñan a la espera del final. Han pasado siete años desde la última evacuación y las fronteras se cerraron largo tiempo atrás. Se volaron los puentes, se minaron las carreteras. Docenas de francotiradores vigilan el perímetro día y noche, garantizando que jamás nadie abandone las ruinas de Los Ángeles. Aunque a la mayoría de los que siguen en la ciudad nunca se les ocurriría tratar de salir. No fue tanto que

estas mujeres y hombres fuesen abandonados sino que ellos mismo consintieron en ser dejados atrás. Habrá quien diga que estos son los resignados, los que sí vieron las señales de alarma.

Aquí reinan los Nuevos Dioses, los Primigenios.

Todo lo viejo vuelve a ser nuevo.

La mujer de la puerta le hace señas para que se acerque. Prueba a sonreír, pero su rostro crispado solo recuerda vagamente cómo se hacía, y la expresión resultante se asemeja más a una mueca.

—Has regresado —dice, la voz ronca y tomada.

—Sí —responde Immacolata, su propia voz amortiguada por la máscara y el respirador de circuito cerrado que lleva—. Dije que regresaría.

—Tenía miedo de que no te volviésemos a ver. Y aunque no quería creerlo, a pesar de todo estaba empezando a pensar que así iba a ser.

Immacolata lleva una mochila repleta de latas de comida, en su mayor parte fruta y verdura, que deposita a los pies de la mujer.

—Ojalá hubiese podido traer más, pero...

—Esto ya es mucho. Es tanto lo que haces por nosotros... No te atrevas a disculparte por no hacer más. Nos apañamos.

Pero Immacolata ha presenciado lo que los habitantes de la Ciudad entienden por apañarse. Los ha seguido al interior de alcantarillas y túneles de metro donde cazan coyotes, perros y gatos asilvestrados, ratas y colonias de cucarachas. Todas estas especies se convirtieron en criaturas subterráneas tiempo atrás, enloquecidas por las esporas, su morfología transformada, mutada por las marañas de micelios y cuerpos fructíferos arraigados en huesos y músculos, sangre y piel, proliferando por todos los órganos internos. Al igual que sucede con los humanos que los cazan, en estos animales no siempre es fácil reconocer lo que fueron antaño.

La mujer abre la cremallera de la mochila y saca una lata de melocotones abollada.

—¡Vaya! —exclama—, de esto me acuerdo. De pequeña los comíamos.

Sobre el dintel hay pintado un símbolo que identifica a los moradores del edificio como devotos de Nyarlathotep y Azathoth. Que realmente lo sean o no, que se peguen con regularidad o no la caminata hasta al templo que se encuentra a unas manzanas de allí, eso es otro asunto por completo. La marca basta para mantener a raya a los saqueadores, a los destartados coches que se arrastran por calles y callejones, merodeando a la búsqueda de infieles. Immacolata ha

visto las crucifixiones con sus propios ojos.

—Y peras —continúa la mujer sacando otra lata—. También me acuerdo de las peras.

Entonces Immacolata nota el olor a ozono y gasolina, y levanta la mirada justo cuando aparece la nube de invasores, setenta y cinco, un centenar, un velo viviente que pasa rozando los tejados, manteniéndose de algún modo en el aire con esas alas pequeñas y gruesas. Son idénticos a la criatura ahogada que vio en el cobertizo de Townshend (Vermont) en noviembre de 1927. Tras tan solo unos segundos el runrún se vuelve casi ensordecedor, y la mujer agarra a Immacolata por el codo izquierdo y tira de ella con brusquedad hacia la oscuridad que aguarda en el interior del edificio.

—Vamos. No podemos quedarnos aquí fuera. No nos seguirán. Nunca nos siguen.

La mujer la conduce a través del vestíbulo, luego descienden por un corredor empinado y resbaladizo, y pasan junto a la cavernosa y más profunda negrura de los huecos de los ascensores gemelos. En el interior del edificio, el zumbido de los invasores se oye amortiguado, distante gracias a los gruesos muros de piedra, e Immacolata se sorprende ante su propio alivio. El lenguaje de esas criaturas se abre camino por tu encéfalo, introduciéndose en él y asentándose en las circunvoluciones del cerebro, instalándose en los finos surcos del cerebelo, amenazando con hacerse con el control total de la razón y de incluso los instintos animales más básicos. Su guía la lleva por un tramo de irregulares peldaños por el que descienden hasta el sótano.

Hasta el vergel.

—Se marcharán pronto —le asegura la mujer—. Seguirán adelante. Como siempre.

Aquí abajo no está oscuro. Hay una fosforescencia azul violácea que emana de unas cosas que, ni siquiera en el sentido más amplio del término, pueden denominarse seres humanos. Parecen haber brotado directamente del suelo de cemento, llevar meses, o incluso años, inmóviles y enraizadas en él. Al crecer, unas han penetrado en otras, toda pretensión de individualidad abandonada. Aquí y allá, Immacolata vislumbra algún ligero rastro de extremidades o rostros. Las peores son las que todavía tienen ojos y boca, las que la observan y se esfuerzan por hablar.

—No tardarán mucho, ya verás —dice la mujer, ajena a los horrores que las rodean.

Eres quien eres, hasta que dejas de serlo.

Immacolata Sexton, hija muerta e inmortal de otra era, parpadea.

El Mundo, le dijo al Guardagujas. La bailarina busca representar el logro último del hombre, la fusión del consciente con el inconsciente, y la combinación de esos dos estados con el superconsciente.

Cae de nuevo, la opción más sencilla. Arrastrada por la ondulante oscuridad sin fondo, se precipita.

El Mundo simboliza el estado máximo de conciencia cósmica, el objetivo final...

Der Übergeist.

La oscuridad se desvanece.

Y el zumbido es reemplazado por el reconfortante ronroneo de los motores del Gulfstream. Se frota los ojos y luego mira el reloj. Esta vez ha pasado cerca de hora y media. Casi demasiado, y es plenamente consciente de cuánto está forzando el margen de seguridad. En el exterior, el sol estival desciende deprisa hacia el mar. Un momento más tarde, el piloto anuncia que se están aproximando a Irlanda.

8. Todavía pendiente de explorar (4 de julio de 2015)

Cualquiera tendría que reconocer que es un buen truco, el don de Immacolata Sexton para escapar mentalmente a las detestables cadenas del Abuelo Tiempo y así acariciar el rostro de la Eternidad, todas esas Immacolatas que han sido y que todavía están por venir, incluso aunque ella no se haya «liberado» realmente. Ella no es Billy Pilgrim, cierto. Pero, a pesar de todo, arranquemos una hoja de su cuaderno de futuras estrategias. Porque tal vez nos hayamos adelantado a nosotros mismos, lo cual siempre es un peligro cuando tratamos de considerar la aparente progresión de cualquier serie de acontecimientos como algo ordenado, como si estuvieran ensartados a modo de perlas en una hebra de seda. Ante un orden así de formidable es fácil pasar por alto lo obvio.

Miremos a nuestras espaldas. Convirtámonos en la esposa de Lot.

Una estatua de sal, pero bien informada.

A la 13.54, hora local de la costa este, un día después de que el Guardagujas entrara en un rancho cercano a la orilla del mar de Salton, el centro de control de misiones del Laboratorio de Física Aplicada de la Universidad Johns Hopkins perdió de improviso toda comunicación con la sonda interplanetaria de la NASA *New Horizons*. El piloto automático transfirió el control de la nave del ordenador central a otro de respaldo, activó el modo seguro y a continuación empezó a intentar restablecer la comunicación con la Tierra. Utilizando la Red del Espacio Profundo instalada en California, Madrid y Canberra, la NASA restableció el contacto a las 15.15. Pero en una hora y veintiún minutos pueden suceder muchas cosas, sobre todo cuando se está a cinco mil millones de kilómetros de distancia y las llamadas de teléfono a casa se demoran unas nueve horas. A las 16.00, la Junta de Análisis de Anomalías de la *New Horizons* se reunió para «recopilar información sobre el problema y poner en marcha un plan de

recuperación». Se descubrió un error en el *software*, un fallo de sincronización en la secuencia de comandos de aproximación de la sonda a Plutón. Mientras el Guardagujas y todos los demás que habían entrado en la base de Drew Standish esperaban a que terminase su período de cuarentena, mientras lo que habían encontrado era retirado del lugar y trasladado en cinco tráileres frigoríficos sin distintivo alguno hasta las instalaciones de las Fuerzas Aéreas habitualmente conocidas como Área 51, los ingenieros trabajaban para solucionar el problema.

En Albany (Nueva York), en el subsótano de la torre Erastus Corning, se tomó debidamente nota de todo esto y enseguida se establecieron correlaciones entre el espeluznante descubrimiento del rancho Luz de Luna y la nave con problemas. A la mirada de Albany, que todo lo ve, no se le escapa nada, excepto, claro está, lo que se le escapa. Vermont en noviembre de 1927, por ejemplo.

Matarile, rile, rile.

Así es la vida.

Pasemos ahora a bucear en una historia secreta.

A diez días de su momento de mayor aproximación a Plutón, la *New Horizons* pasó a menos de ciento sesenta kilómetros de lo que, por comodidad, podría describirse como una nube. Mil veces más densa que el alto vacío que la rodeaba y tan extensa como el mar Mediterráneo, la nube estaba apostada en pleno camino de la sonda. En lo más profundo de su núcleo, impulsos eléctricos recorrieron un intrincado laberinto de axones y dendritas de hidrocarburos, transmitiendo detalladas observaciones sobre la *New Horizons*, elaborando un perfil de este extraño visitante llegado del sistema solar interior. Sin ojos, vio. Sin manos, tocó. Lanzada diez milenios atrás desde un planeta enano situado mucho más allá de la órbita de Plutón, la nube ha esperado con paciencia este encuentro. Aquí, en este momento, su objetivo se ha culminado. La nube también es una navegante.

En 1933, tanto James Whale como Edgar Rice Burroughs soñaron con la nube.

En 1945, un actor que en una ocasión había interpretado a un héroe decidido a rescatar a una princesa alienígena en peligro también soñó con ella. Pocos meses más tarde, fue lo último en lo que pensó antes de morir de un ataque al corazón.

En 1971, tres astrónomos del Laboratorio Nacional Lawrence Livermore, los tres dedicados a la búsqueda de un hipotético «planeta X», tuvieron repetidas pesadillas en las que una nube del espacio profundo engullía el mundo. En su

diario privado, uno de estos hombres se refirió a la monstruosa nube como «Jormungand».

En 2009, Drew Standish pasó una página de un libro ancestral y malvado (vamos a suponer que un libro pueda en efecto ser malvado) y leyó una descripción de la nube, puesta por escrito tres siglos y medio antes del nacimiento de Cristo. En el libro se designaba a la nube con un nombre, aunque es un nombre que Standish jamás se ha atrevido a pronunciar en voz alta. Sabe que la nube es un heraldo. Sabe que la nube es un ángel con una trompeta dorada. Sabe que la nube custodia las puertas del Edén.

Seis años más tarde, la nube envió un mensaje que apagó durante unos instantes la *New Horizons* y, mil millones de kilómetros más allá de Plutón, unos seres fungiformes de voces zumbadoras se encorvaron en sus torres negras sobre sus propias máquinas y recibieron y analizaron todo lo que la nube había visto.

Una peligrosa criatura, sin duda.

Estas cosas pasan.

Y estas.

Y estas.

9. El motel de los títeres^[14] (11 de julio de 2015)

En kilómetros a la redonda, todo tiene nombres que suenan a wéstern apocalíptico. Si John Wayne hubiese sido agente secreto se le hubiesen ocurrido nombres así. A medida que los van sobrevolando a poca altura, el Guardagujas va repasándolos mentalmente: las colinas Jumbled, el pueblo de Mercury, el campo de pruebas nucleares de Yucca Flats, las colinas Fallout y la cordillera Paradise, el valle Tikaboo, el lago Papoose^[15] y el cráter Sedan. Es mejor que pensar en qué coño lo estará esperando allá abajo. El Boeing 737-600 de la pequeña flota de aviones de pasajeros de las Fuerzas Aéreas, de un blanco sucio con una banda horizontal carmesí para darle un poco de vidilla, comienza la aproximación final, descendiendo hacia un paisaje tan desolado y agostado que deben de haber recurrido al arsenal nuclear del mismísimo Dios para encargarse del trabajo. Al norte vislumbra una planicie de color más pálido que es el lago Groom propiamente dicho, un nombre curioso para esa salina que lleva sin agua desde hace diez mil años. Le han contado que, cuando llueve, unos minúsculos bichitos similares a las gambas llamados copépodos se abren camino por entre el barro salado hasta alcanzar la superficie, saliendo de su letargo para ser devorados a continuación por hambrientas bandadas de gaviotas llegadas volando desde California para darse ese festín. Al Guardagujas le parece que el drama de los copépodos es una estupenda metáfora de todo lo relacionado con la puñetera Área 51 y, ya puestos, de todo lo relacionado con su puñetera vida.

Cinco minutos más tarde ya están en tierra, y el deslucido Boeing — comprado barato a Air China— rueda por la pista camino de la terminal. Esta es la primera ocasión en la que el Guardagujas vuela desde 1995, el mismo año en que este avión salió de la cadena de montaje. Espera hasta que se detiene por completo y luego espera casi cinco minutos más antes de desabrocharse el

cinturón y recuperar el maletín de Immacolata del compartimento superior.

En el tren, Jack Dunaway no había apartado los ojos del maletín, como si fuera una serpiente de cascabel enroscada esperando para atacar.

—¿Hasta qué punto el follón en el que estamos metidos sería mucho menor si esos hijos de puta de la Gran Bretaña no se hubiesen pasado los últimos cien años ocultándonos información? —preguntó Jack.

—No es inglesa —puntualizó el Guardagujas—. Nació en Tennessee. Al menos eso es lo que ellos dicen.

—No me refería a ella. Bueno, no me refería solo a ella. No me refería en concreto a ella.

—No vale la pena cabrearse porque el otro bando sea mejor que nosotros a la hora de mentir, engañar y ocultar la verdad. Ella hace su jodido trabajo, exactamente igual que tú.

—¿Pero tú de qué lado estás?

Y el Guardagujas a punto estuvo de preguntar, «¿De veras crees que esto funciona así?, ¿nosotros contra ellos? ¿De veras me vas a echar la bronca por no animar al equipo local?». Pero Dunaway es justo el tipo de capullo que trata de ascender en la Compañía chivándose a sus superiores. A Joe McCarthy le hubiese caído estupendamente. Así que se guarda las preguntas para sí mismo y en lugar de eso dice:

—Ahora están cooperando.

—Claro que sí. Ahora que están asustados. Ahora que es demasiado tarde.

—Tranquilo, vaquero. Lo que nos traemos entre manos no es el Juicio Final. Todavía no. De todos modos, ¿dónde estaríamos si Y no hubiese mostrado un poco de misericordia y no nos hubiese dejado aquel premio allá en el 78? Tampoco es que estuvieran obligados a ello. Eso tuvo su mérito, las cosas como son.

—¿Mérito? Solo por presentarse en Rhode Island ya deberíamos haberlos crucificado, y ni te digo por haber mareado la perdiz con nuestros dos agentes embarcándolos en una búsqueda absurda para que mientras tanto Barbican se pudiese hacer con el derecho de tanteo.

—¿Y tú dices que soy yo el que tiene demasiada ira acumulada? —replicó el Guardagujas sirviéndose otro trago de J&B.

La puerta de salida se abre, dando vía libre al calor del desierto, dando vía libre a la luz color terracota de la tarde que se va apagando y, tras avanzar por el angosto pasillo, el Guardagujas baja por las escaleras plegables hasta la agrietada

pista. No hay nadie esperando para recibirlo, pero tampoco contaba con ello. Él no es exactamente uno de esos chicos de los recados con derecho a comité de bienvenida. Le hubiera gustado tener tiempo para darse una ducha, comer algo e incluso a lo mejor tomar otro trago antes del inicio de la fiesta. Pero si los deseos se hiciesen realidad, todavía estaría en aquel tren. Le muestra sus credenciales a un par de guardas con aire aburrido que lo dejan pasar. Ninguno de los dos lo mira a los ojos ni profiere palabra alguna. Así suele ser cuando los de seguridad ven una placa roja, sobre todo si es la primera vez que la ven. Para la mayor parte de estos tipos, Albany es poco más que un cuento de hadas sobre fondos reservados, una leyenda urbana sobre una comunidad de agencias de inteligencia, hasta que se encuentran cara a cara con la prueba irrefutable de su existencia.

Basta de andarse por las ramas. Al grano de una vez.

La tienen en la zona 17, así que toca un corto trayecto nada menos que en el tren subterráneo de levitación magnética de Dreamland^[16]. Ahí abajo hay toda una maldita ciudad, un laberinto de túneles y búnkeres, subestaciones, vías férreas y galerías de mantenimiento; dos docenas de niveles apilados uno sobre otro como capas de un pastel de cumpleaños. Este es el cerebro y el corazón palpitante de la base, a salvo de satélites y de Google Earth, fuera de la vista de esos chalados de las conspiraciones y los OVNI, que acechan en las inmediaciones del perímetro de las instalaciones con cámaras y teleobjetivos.

Al Guardagujas estar bajo tierra le desagrada casi tanto como volar.

Pero aquí es donde lo han traído, así que aquí es donde está.

Se llama Chloe Stringfellow, y ella fue la última de los catorce desventurados captados por Standish, la que se ha contagiado más recientemente, el caso menos avanzado. También es la única del grupo que se considera ha sobrevivido, aunque esto no va a durar mucho así. Al Guardagujas le han dicho que le quedan algunas horas, tal vez menos; no es probable que aguante hasta mañana. También le han dicho que está asustada y, si el Guardagujas tiene suerte, eso jugará a su favor.

El laboratorio huele a amoníaco y aire reciclado. Hay dos hombres con bata blanca que lo acompañan a la celda de aislamiento. Él dudaría en llamarlos médicos.

El brillo despiadado de los fluorescentes ha borrado todo vestigio de sombra.

—La tenemos a base de un cóctel de dimetilamilamina y anfetamina —le

dice uno de ellos al Guardagujas—. Estamos haciendo todo lo posible por mantenerla lúcida, pero sea el que sea el agente patógeno tiene un potente efecto hipnótico.

—Si yo fuese usted, me daría prisa —añade el otro.

El frente de la celda es una gruesa lámina de plexiglás, delante de la cual hay colocada una silla plegable metálica, esperándolo. En el interior, ella está sentada en una silla idéntica, la cabeza gacha, los hombros hundidos, la mirada clavada en las palmas de las manos abiertas. Él toma asiento, y uno de los hombres de bata blanca enciende un intercomunicador. El Guardagujas ha visto cadáveres de muertos por ébola, lepra y contaminación radioactiva, por no mencionar un buen número de armas químicas y biológicas; pero en cierto modo esto es peor. Tal vez porque ella todavía está viva.

—Chloe —dice, y su voz suena monótona y débil por el intercomunicador—. Tengo que hablar contigo. Sé que probablemente eso sea la última cosa que te apetezca hacer justo ahora, pero a menos que cooperes no puedo garantizar que mis jefes te vayan a permitir abandonar este lugar algún día. A menos que me ayudes no puedo garantizar que vayan a seguir tratándote. A veces dejan morir a la gente. Necesito que lo entiendas, Chloe. Para los hombres y mujeres para los que trabajo dejar morir a la gente es algo de lo más normal.

—A usted yo lo he visto antes —dice ella sin mirarlo, y su voz es tan áspera como un estropajo—. En el rancho. Usted era uno de ellos.

—Sí, así es, soy uno de ellos, pero quiero ayudarte. De veras lo quiero, pero no puedo a menos que tú estés dispuesta a ayudarme a mí.

—Usted no sabe lo que he hecho. Ninguno de ustedes lo sabe. No tienen ni idea de lo que he hecho. No se lo pueden imaginar.

—Entonces ¿qué tal si me echas una mano con eso?

Ella ríe y a él le parece uno de los sonidos más horribles del mundo, esa risa.

—Quiero agua —dice Chloe—. Se niegan incluso a darme un poco de agua. Se lo he pedido una y otra vez. Les he dicho que tengo mucha sed, pero no me hacen caso.

El Guardagujas dirige una mirada a los hombres de bata blanca, y el que le ha aconsejado apresurarse mueve la cabeza negativamente. Cuando se vuelve de nuevo hacia la chica, ella lo está mirando. Tiene los ojos del color de la gangrena.

—Respóndeme unas pocas preguntas —le pide él—. Respóndeme y me encargaré de que te den todo lo que quieras. Agua, una Coca-Cola, té helado,

cualquier mierda que te apetezca.

—Tengo la garganta muy seca.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está quién?

—Standish. ¿Dónde está Drew Standish?

Ella entrecierra esos ojos que se están pudriendo y los vuelve a clavar en sus manos.

—¿Dónde están los demás? —inquire ella—. ¿También los han traído aquí? Usted no es poli, ¿verdad?

—No, no soy poli. Y los demás también están aquí, aquí cerca.

—No es justo. Yo soy su favorita. Nada más encontrarme me convertí en su favorita. Lo dijo Madeline. No es justo que ellos se fueran antes que yo.

—¿Quién es Madeline?

—No es para nada justo.

—¿Estaba ella todavía en el rancho cuando llegamos nosotros?

—No. Madeline es el decimosexto triunfo. Madeline es la Torre. Ella se fue con él y me dejó a mí para que cuidara de los demás, y ella se fue con él.

—¿Y adónde se fue Standish? ¿Dónde está ahora?

—¿Están muertos? —le pregunta ella—. ¿Los he matado?

El Guardagujas vacila, sopesando sus mentiras, sopesando las consecuencias.

—Yo no creo que quisiera matarlos —continúa Chloe Stringfellow—. Estaba enfadada, nada más. No hacía más que esperar que la televisión dijera mi nombre, pero el aparato estaba demasiado ocupado hablándoles a ellos. Como si yo ni siquiera estuviese en el cuarto. Como si a lo mejor Drew hubiera cometido un error al llevarme allí, y yo no fuese más que una especie de accidente. Pero eso es imposible. Drew dijo, «Vosotros sois el camino hacia la liberación. Aquí nada es accidental».

—¿Y si te mintió? ¿No se te ha ocurrido pensarlo? ¿No te has planteado esa posibilidad?

Ella niega con la cabeza muy lentamente, se encoge de hombros y se pasa la lengua por los labios. A él le parece que cada uno de sus movimientos le exige un esfuerzo tremendo, una fuerza de voluntad que casi queda fuera del alcance de la muchacha.

—Sí que te lo has planteado, ¿verdad? De hecho, eso es justo lo que estás pensando ahora, que a lo mejor nada de todo eso era cierto. Que a lo mejor te utilizó. Que a lo mejor os utilizó a todos.

—No —dice ella, tan quedamente que él casi ni la oye, y vuelve a negar con la cabeza.

—¿Por qué sigues protegiéndolo, Chloe? Eso es lo que quiero saber. Mira lo que te ha hecho. Tú confiabas en él, y él ha traicionado esa confianza. Se largó abandonándote en esa casa para que murieses allí. Le entró miedo y huyó. Te abandonó, os abandonó a todos.

—No. Salvarme, eso fue lo que Drew hizo. Si alguien es un traidor, soy yo, no él.

El Guardagujas se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas de su traje barato.

—Os abandonó —insiste—. ¿Así es como nos trata nuestro salvador?

—Si usted me hubiese visto antes...

—¿De veras esperas que me crea que estabas peor de lo que estás ahora? Esta cosa te está devorando viva, lo sabes, ¿verdad? Te está utilizando, exactamente igual que te utilizó Standish, te está arrebatando lo que eres y transformándote en lo que ella necesita. Standish no es un chamán y esta no es una transformación divina. Es una enfermedad. Un parásito.

—Usted no ha visto lo que yo he visto.

—Efectivamente, y ni puñetera falta que me hace —replica el Guardagujas, con una ira viva y violenta en la voz que no había tenido intención de exteriorizar. La partida aún no está suficientemente avanzada para eso. Si no tiene cuidado, la farsa se descubrirá y él perderá a Chloe.

No te engañes. Ya la has perdido.

Ella vuelve a levantar la mirada, y se calla lo que fuese que iba a decir a continuación. En el lado izquierdo del rostro tiene un bulto con mal aspecto que no estaba ahí un minuto atrás. La piel está tirante, reluciente, a punto de rasgarse.

El hongo se propaga por el cuerpo de la hormiga y madura en el interior de la cabeza —y entonces es cuando las cosas se ponen la mar de interesantes.

—Usted no ha venido a ayudarme —dice ella—. Tiene miedo. Él nos lo dijo, todo el mundo tendrá miedo, hasta que lo entiendan. El miedo es una afrenta a los mensajeros, y la esencia del tránsito es la liberación de la prisión de nuestros miedos.

—Estabas mejor con la heroína. Al menos nunca te prometió algo que no pudiese cumplir.

Chloe cierra los ojos y esboza una especie de sonrisa torcida.

—Ojalá usted pudiera ver —dice con un suspiro—. Ojalá pudiera

mostrárselo.

—Su presión arterial está cayendo en picado —advierte uno de los hombres de bata blanca, con voz tranquila, suave como un helado de vainilla, como si el cabrón viera esta misma mierda todos los santos días de la semana—. Y también la temperatura.

—¿Le dan algo para el dolor? —pregunta el Guardagujas.

—No, solo los estimulantes. Nuestras órdenes eran muy específicas al respecto.

—No duele —dice ella, de lo más oportuna—. No duele nada de nada.

—Es probable que esté diciendo la verdad —interviene el otro hombre—. Al parecer el agente patógeno produce un compuesto que actúa como neurotransmisor y remeda las endorfinas, más o menos como la morfina.

Detrás del plexiglás, la chica levanta el brazo derecho y señala el maletín. El Guardagujas lo deja en el suelo junto a la silla plegable metálica. Por primera vez en más de veinticuatro horas se había olvidado por completo de él.

—Sé qué hay ahí dentro —dice ella arrastrando las palabras—. El regalo de la Gran Babilonia, la madre de todas las rameras y abominaciones de la Tierra. Las mentiras mediante las que engañará a toda alma viviente. Él nos avisó de que estaba en camino. Nos habló de ella, de la cafetería en Arizona, de cómo esa puta obscena lo seduciría a usted, ocultándose detrás de ese nombre. La Protectora Inmaculada, la Sacristana. Pero usted es muy inteligente. Seguro que puede ver lo que hay tras la máscara del demonio.

—Se nos está acabando el tiempo —dice el Guardagujas, dirigiéndose a Chloe Stringfellow o a los hombres de bata blanca o tan solo a sí mismo.

—Y usted —susurra Chloe—, usted es el decimosegundo triunfo, el Colgado. Todavía no lo sabe, pero lo es. Una *pittura infamante*, colgado de un tobillo de un mustio árbol utilizado como horca. Babilonia no lo puso ahí, no, pero ajustó los nudos de esa cruz gamada mucho más de lo que jamás lo habían estado.

El bulto de la mejilla se ha tornado rojo amoratado y ha crecido hasta alcanzar casi el tamaño de una pelota de tenis. Chloe se lo rasca, y el Guardagujas quiere creer que el movimiento bajo la piel es mera imaginación suya.

—Tú bailas al son que ella toca, colgado —continúa la chica, solo que ya no es su voz, aunque es una voz que él ha oído antes, en un CD del maletín de Immacolata. Es la voz del hombre por el que ella ha entregado su vida.

—¿Con quién estoy hablando? —inquire el Guardagujas.

—Tú —dice un hombre manifestándose a través de la muchacha moribunda, haciendo caso omiso de la pregunta del Guardagujas—, tú bailas al son que ella toca, colgado; su larga cabellera negra suelta, arrancando susurrante música de esas cuerdas. Y murciélagos con rostros de recién nacidos...^[17] —Pero entonces la voz se apaga, el cuerpo de la chica se estremece violentamente y se escurre hasta el suelo.

—La estamos perdiendo —dice uno de los hombres.

—Tenemos que apagar esto —dice el otro—. Se acabó.

Y entonces el Guardagujas se pone en pie, sintiéndose de pronto más atemorizado y confundido de lo que se ha sentido en muchísimo tiempo, incluso más que en el rancho del mar Salton cuando entró en el cuarto invadido por el olor a hongos y el zumbido insectil del ruido blanco de la televisión. Cuando vio a Chloe Stringfellow por primera vez, de pie junto a lo que quedaba de sus trece compañeros, con una escopeta apoyada en el brazo. Sea lo que sea lo que está sucediendo en la celda, no es nada de lo que él se esperaba, no es nada de lo que le habían advertido que *podría* suceder. Si Y lo sabía, se lo habían ocultado. Avanza y apoya la palma de la mano derecha sobre la pared de plexiglás.

—Háblame —masculla—. Basta de juegos, háblame, hijo de puta, háblame ahora mismo, ¡joder!

—No seas mal perdedor —susurra Drew Standish, y en ese momento el bulto del rostro de la chica revienta, unos segundos antes de que ese lado de su cabeza se hunda por completo hacia dentro y esparza por el aire una nube de pequeñas esporas color mostaza. Salta una alarma y la iluminación fluorescente es reemplazada por una luz carmesí que pulsa como las punzadas de dolor de un hueso roto. Algo se abre camino desde el interior del pecho de Chloe Stringfellow y comienza a alejarse lentamente.

—Lo siento —dice uno de los hombres, sonando a que no lo siente lo más mínimo—. No podemos esperar más. Protocolo de contención.

Los conductos criogénicos instalados en el techo sobre el cadáver en plena fructificación se abren y liberan chorros de nitrógeno líquido, que congelan en un instante la pesadilla del interior de la celda.

Así es como termina el mundo.

Matarile rile ro.

10. La Parusía para bajo *burlesque* (3 de julio de 2015)

Esta es la mañana que me ha sido prometida. Abro lo ojos tras un sueño que se me antoja más real, vivo e intenso que cualquier memoria de la vigilia, y recuerdo vagamente que esta es la mañana en cuestión. Yazgo en mi catre y contemplo una galaxia de motas de polvo que atraviesan flotando un haz de luz de sol, aquí, el día 6.997 ° desde el que nací de una mujer cuyo rostro ahora apenas recuerdo. La madre de mi cuerpo, la madre de mi cautiverio. *Chloe, fuiste un bebé tan, tan precioso... que me pareciste un regalo de los ángeles, y no era capaz de imaginar qué es lo que podía haber hecho para merecerte.* Observo el haz de luz que se cuelga por entre las cortinas hechas jirones, y el sueño del hogar que nunca fue un hogar comienza a deshilacharse poco a poco, y cede paso al día de hoy. Este día, 6.997 después de que fuera excretada, lloriqueante y blandengue, en una galería de dagas y cristales rotos. Ojalá Drew hubiera estado ahí conmigo, en el sueño. Ojalá hubiese podido hablar a mi madre, y así ella me hubiera podido preparar para este día concreto. Así ella hubiese sabido cuál era mi destino. Así tal vez yo nunca me hubiera apartado de la senda, seducida por el modo de vivir de los lobos, por el caballo y por el consuelo hipodérmico. Así tal vez nunca me hubiese convertido en alguien que necesitaba ser liberada del vientre de la bestia.

Una corriente de aire, y las motas de polvo se arremolinan.

Yo creía que cuando llegara esta mañana sentiría dolor, pero casi no duele. Tengo un regusto en la boca a aire de sótano. Y la cabeza llena de abejas.

Debería levantarme. Debería levantarme e ir en busca de los demás.

Anoche Drew me llevó hasta la playa Bombay, donde nos quedamos sentados en su coche escuchando enfriarse el motor y enfriarse el desierto; e inhalar y exhalar, exhalar e inhalar a la negra extensión de Jachin. Aparcamos en

la orilla, cerca del armazón oxidado de un viejo autobús escolar hundido hasta casi las ventanillas en la sal, la mugre sedimentaria, las espinas de tilapia y los huesos de pelícanos muertos. Él le dio un trago al vodka que tenía en una bolsa de papel, y me miró a los ojos mientras yo contemplaba los puntitos de luz estelar que titilaban sobre el mar.

—¿Qué es lo que atisbas allá arriba, pequeña?

—Veo fuego —respondí. Era la verdad—. Veo fuego negro que lleva ardiendo desde casi los orígenes de los tiempos, y veo las esferas que se mueven por entre las llamas. Veo la minúscula embarcación que hemos botado... y esa otra. Veo esa otra embarcación navegando hacia aquí para reunirse con nosotros a mitad de camino.

Él sonrió y luego dejó escapar una risita. Y fue entonces cuando me acordé de que Madeline estaba sentada en el asiento posterior. Ella encendió un cigarrillo y durante unos instantes la noche olió menos a peces muertos y salmuera y más a fósforo.

—¿Ves todo eso? —me preguntó Madeline.

—Sí —respondí yo.

Madeline no me da miedo, pero alguna vez se me ha pasado por la cabeza que ella desearía que Drew nunca me hubiese encontrado en aquel callejón. Creo que a lo mejor ha llegado a la conclusión de que he venido a arrebatarse a su Titán y a apropiármelo.

—¿Qué más ves, mi pequeña? —preguntó Drew.

—Torres, veo torres. Como en una película vieja de Alí Babá y los cuarenta ladrones o de Simbad el marino. Una ciudad de torres helicoidales y cúpulas de cristal, una ciudad en un desierto de arena negra como el ébano, un desierto a la orilla de un océano. Aunque no es como los océanos que conocemos. No hay olas. No hay mareas. Es tranquilo y liso como un espejo. Es tan tranquilo y liso como el cristal. Y tampoco es de agua. Es un océano de metano, etano y propano. A veces veo tormentas inmensas cortando con furia las aguas de ese océano, cruzando el desierto de ébano y enterrando la ciudad bajo ventiscas de nieve de benceno.

Me maravillo ante las palabras que brotan de mis labios, porque comprendo que no son exactamente ni por completo mías. Yo soy un mero recipiente, preparado para una nueva función, y los mensajeros pueden hablar a través de mí con total libertad. Mis ojos, mi cerebro, mi boca; pero los mensajeros son intérpretes, intermediarios que entretejen mis pensamientos estupefactos para

componer el tapiz que Drew necesita escuchar.

Pues yo contemplo en sueños,

Cosas que mi memoria no podría guardar...^[18]

—Tú eres mi pequeña poetisa —dijo él antes de encender la radio del coche. Sonó una canción de los Beatles, y sé que Drew sabía que iba a ser así.

En el asiento de atrás, Madeline hizo un ruidito que solo me cupo interpretar como desdeñoso.

—¿Estoy despierta? —pregunté.

—Cielo —dijo él—, eso no es algo por lo que debas volver a preocuparte a partir de ahora. Vigilia y sueño, tú has encontrado tu camino a través de la caverna de la Llama y ahora estás en lo alto de los setecientos peldaños. Para ti, la distinción entre pensamientos oníricos y de vigilia ha comenzado a implosionar, a desmoronarse sobre sí misma. Te has convertido en una singularidad que disuelve todo lo que separa unos de otros.

Y entonces me pidió que les contara una historia, a él y a Madeline, así que les conté la de la princesa en su torre de ónice, la espada forjada con lamentaciones y la mujer alta y pálida que era su amante y luego se convirtió en su paladín. Y les hablé del dragón que custodiaba las puertas y de los susurradores bajo las montañas.

Debería levantarme. Hace calor y la mañana ya debe de estar muy avanzada. Sería tan fácil quedarme tumbada aquí en un día tan sofocante como hoy... incluso con la excitación nerviosa dándome punzadas en el estómago, en mis mismísimas entrañas. Los otros estarán esperando. Drew y Madeline se marcharon antes del amanecer y ahora todo recae en mí. Ahora todo recae *sobre* mí. Me han confiado el futuro, y aquí estoy, tumbada en la cama la mitad del puñetero día, dejándome arrastrar por mis pensamientos cuando todavía queda tanto por hacer. Me incorporo y veo que el despertador del otro extremo de la habitación marca las 8.47, y dejo escapar un agradecido suspiro de alivio.

La casa está más silenciosa de lo que nunca ha estado.

—¿Y si no estoy preparada? —le pregunté a Drew anoche, cuando estábamos a la orilla del mar en su pequeña ranchera roja, y él se rio y me besó la mejilla.

—Lo estás —me aseguró—. Estás más preparada de lo que te imaginas.

Pero no serás la primera.

Volví la cabeza bruscamente, como si algo me hubiera picado, como si una

abeja o una avispa se me hubiese metido por la camiseta y me hubiera picado en algún punto especialmente sensible. Observé por encima del hombro a Madeline y el tenue resplandor de su cigarrillo, pero ella estaba mirando el cielo, no a mí. Y no había dicho ni palabra.

—Tranquila —dijo Drew—. En todo el vastísimo universo no hay nadie en quien confíe más que en ti.

Ellos se marcharán antes que tú, los trece, uno por uno, y tú solo serás una coda, arrastrada postreramente. Rezagada. Casi olvidada.

Madeline golpeó el cigarrillo para hacer caer la ceniza sobre el suelo del coche, y Drew me pidió que concluyera la historia. Esa iba a ser la última que le contara, así que quería oírla hasta el final.

Y mientras observo, ansío conocer
Los caminos por donde tus sueños van,
Las tenebrosas regiones que tu imaginación ve
Con los ojos velados por la rutina y por mí^[19].

Nunca imaginé que una casa pudiera estar tan silenciosa.

Mi sudor ha manchado de amarillo las sábanas, así que las tiro al suelo. No es la primera vez que veo esa mancha, pero sí es la primera que se me antoja suciedad. Me agacho y empujo bajo la cama la sábana manchada, comprendiendo tan solo a medias que lo que siento no es únicamente asco sino también vergüenza. Como si al despertar de un sueño en el que estuviese sangrando me llevase la sorpresa de mi primera regla y de los pétalos rosas desparramados por la sábana.

No. Da igual. Ni de lejos es algo así.

Me pongo en pie, moviéndome despacio porque esta mañana la sensación de mareo es mayor. No me pilla por sorpresa: sabía que sería así. El día de hoy no debería deparar sorpresa alguna. A partir de ahora todo consiste en ir uniendo los puntos, en pintar cada zona del color indicado por su número. Este mapa que tengo ante mí no es *terra incognita*; solo tengo que completar los huecos y llevo meses aprendiendo las respuestas. *Nací* sabiendo las repuestas, hace 6.997 días, pero debo de haber estado tan asustada ante la verdad de todo ello que hice lo posible por olvidar. Eso fue el camino que me llevó hasta un callejón entre las calles 93 y 94 de Westmont, la manzana de la desolación, el bulevar de la detonación, el sendero de las agujas^[20], el puñetero camino más fácil. El Camino de los Cobardes. Pero la venda voluntaria que llevaba en los ojos se me cayó

cuando me dirigía hacia mi Damasco privado, el Damasco de Drew, el Damasco de ruido blanco televisivo donde los mensajeros cantan desde los tubos de rayos catódicos. Un pie delante del otro. Eso es lo único que hace falta. Ve ahora con el decimotercero y asegúrate de que todo está exactamente como tendría que estar. Tú eres la decimocuarta, y también la comadrona. ¿A que no puede haber mayor honor? Garantizar que cada uno de ellos cruce en el momento que le corresponde, que todos florezcan y se esparzan arrastrados por los vientos que soplan desde las montañas Chocolate, los vientos estelares, el poderoso siroco del valle Coachella. Y solo cuando todos ellos se hayan abierto podré sentarme y seguir su ejemplo.

La ultimísima de todos, oigo murmurar a Madeline. Para cuando tú llegues, pequeña coda, ya habrá terminado todo. El desfile habrá acabado. Pero no estés triste. Toda revolución necesita a alguien vigilando la retaguardia, por si acaso. Habrá quien te lo agradezca, estoy segura.

En el pasillo, entre la cocina y la sala de la televisión, veo la escopeta. Siempre ha estado en ese lugar, el fusil doble de calibre doce y cañón basculante que Drew decía haber comprado barato a unos moteros en San Bernardino. Para mantener alejados los coyotes, aseguraba, aunque yo nunca he visto ningún coyote merodeando en las cercanías del rancho Luz de Luna. No sé qué coño iban a comer aquí. Jamás he visto una liebre ni tampoco un armadillo, y a los coyotes no les va lo de alimentarse de cactus y arbustos de creosota. Empujo hacia atrás el seguro para abrir la recámara y comprobar si el arma está cargada. No recuerdo cuándo aprendí a hacerlo, pero a lo mejor Drew me enseñó, al poco de llegar. Por si resultaba que sí que había coyotes. Me encuentro con que hay dos cartuchos cargados y ¿no me comentó Madeline que en el armario de la cocina había más?

¿Qué estás haciendo, Chloe? ¿Qué coño crees que estás haciendo?

Encuentro las balas extra y me llevo la escopeta cuando voy al cuarto de la televisión. Todos los demás están ya demasiado avanzados para que puedan acostarse en los catres, de modo que han dormido aquí, bañados por la luz blanquinegra del televisor, arrullados por la nana de las voces enterradas en lo profundo del ruido blanco desde que se produjo el *Big Bang*. Mis 6.997 días, los 13.700 millones de años del cosmos, los 4.500 millones de años de este planeta. A mí los datos y las cifras antes no se me daban nada bien, pero son tantos los dones traídos por los mensajeros...

El cuarto se está convirtiendo en un vergel, y mi trabajo consiste en

encargarme de que las flores se abran en el exterior, no dentro de esta habitación sofocante, lo que sería un desperdicio. ¿Para qué sirve una rosa que nadie ve ni huele?

¿Qué estás haciendo?

Ni siquiera recordaré haber apretado el gatillo. Eso lo sé. Estoy totalmente convencida de eso, al igual que lo estoy de que tampoco albergaré duda alguna de haberlo apretado. No es justo que yo tuviera que ser la última, no cuando soy su favorita. Eso lo sé, y Madeline también lo sabe.

Desde un principio fue parte de su plan, susurra ella detrás de mis ojos. Aunque una parte que ni siquiera él comprendía del todo. Las cosas son así. A veces incluso los profetas necesitan alguien que les eche una mano. Igual que Judas ayudó a Jesús. Puede que nunca hayas sido cristiana ni hayas ido a la iglesia ni hayas rezado, pero seguro que conoces esa historia, seguro que entiendes la analogía. Así que deja de darle vueltas a tu linda cabecita. Al fin y al cabo, no serás la última.

No hubiera sido justo.

Los encuentro donde es de esperar que estén, por supuesto, y la pistola quiebra el día como si de un huevo se tratara.

11. Amargos *blues* subterráneos para el fin de los tiempos (de nuevo)

La agobiada psique humana ansía soluciones. Así es, las exige con impaciencia. Esta desafortunada situación puede ser una simple consecuencia de cómo se ha ido configurando nuestra materia gris a lo largo de millones de años de mutaciones y selección natural, una peculiaridad de la evolución asociada a la aparición de una conciencia superior y compleja. No podemos saber si los australopitecinos o sus antepasados cargaban con el lastre de esta misma debilidad —porque debilidad sí que lo es— igual que no podemos observar cómo se relacionaban con un universo irresoluto y probablemente irresoluble. Tampoco podemos interrogarles. Pero a los humanos, siendo como somos solucionadores natos de problemas, nos irritan los que no es posible resolver, las cuestiones que no pueden, de una vez y por todas, esclarecerse de manera satisfactoria: el asesinato del presidente Kennedy, la extinción masiva del Pérmico-Triásico, la misteriosa señal captada por el radiotelescopio de la Universidad de Ohio en 1977, Gaspar Hauser, el manuscrito Voynich, la identidad de Jack el Destripador... solo por poner algunos ejemplos.

¿Cuántos ángeles pueden bailar en la cabeza de un alfiler?

Yo tengo un millón de ellos. Mi cerebro se planta ante la idea de que estos misterios nunca serán resueltos. Algo que desde luego no afecta en modo alguno a su resolubilidad. Lo que no puede ser no puede ser y además es imposible.

Desear no es sinónimo de conseguir.

En lo más profundo de su corazón, el Guardagujas sabe que esta es la pura verdad. No obstante, su trabajo consiste en buscar respuestas para los gerifaltes, peces gordos y guardianes. Y, en ausencia de respuestas, ha aprendido a conformarse con la dudosa consolación de las necesarias ficciones. Por encima de todo es un hombre práctico. El idealismo que pudo haber albergado en el

pasado fue sacrificado largo tiempo atrás. Las cicatrices encallecen e insensibilizan las almas inquisitivas.

La «muerte» de Chloe Stringfellow cerró vías de investigación que nunca más podrán ser reabiertas.

Y las respuestas que contiene el terrible maletín de Immacolata Sexton solo le permiten llegar hasta un cierto punto.

Así es la vida.

Aun así, hay un rastro de medias verdades y tres cuartas partes de mentiras que por fin lo llevan hasta San Diego y hasta el hotel Days Inn de la calle Hollister, a menos de cinco kilómetros de la frontera mexicana, a menos de ciento sesenta kilómetros del rancho a la orilla del mar Salton. Ha tenido un golpe de suerte, una pista proporcionada por un informante, un esquizofrénico que ha pasado los últimos veinte años buscando un sentido al *Weekly World News*, «las únicas noticias de fiar en todo el mundo», catalogando todo tipo de sucesos y encontrando correlaciones entre ellos, de los avistamientos del demonio de Jersey a Bat Boy^[21]; de las sirenas de Israel al descubrimiento de una nave extraterrestre en el fondo del mar Báltico. Incluso un reloj roto marca la hora correcta dos veces al día, y es inevitable que aparezcan características comunes. *Todas esas cosas extrañas que suceden a modo de advertencia temprana*^[22]. Y una de estas características llevó al Guardagujas y a tres agentes del FBI hasta la habitación 210.

Que la pista le llegara gracias a un chiflado y no a las quejas por el olor es justo el tipo de hecho que nunca deja de asombrar al Guardagujas.

En el aparcamiento del hotel hallaron la ranchera Buick roja de 1967 de Drew Standish y, detrás de la puerta de la habitación 210, su cadáver y el de una mujer que más adelante sería identificada como Madeline Nightlinger, una antigua ejecutiva de Facebook desaparecida desde enero de 2013. En el lago Groom, un forense determinará que ambos llevaban muertos desde al menos el 5 de julio. Les habían abierto el cráneo y extraído el cerebro, el tronco encefálico extirpado de la columna vertebral tan limpiamente que incluso el neurocirujano más curtido se sentiría impresionado. No había ni una gota de sangre por ninguna parte. Los cuerpos estaban tumbados de espaldas, las manos cruzadas sobre el pecho. Ambos estaban desnudos, su ropa plegada cuidadosamente y guardada con esmero en la cómoda de la habitación. En cuanto a las mitades superiores de los cráneos seccionados, unos casquetes en toda regla, fueron

encontradas en el lavabo del cuarto de baño. Las voraces hormigas pululaban por doquier.

Los cerebros propiamente no aparecieron.

Uno de los agentes del FBI salió del cuarto y por encima de la barandilla vomitó el desayuno sobre el asfalto.

El Libro Negro de Standish descrito en un dossier del maletín de Immacolata no se encontró. En cambio, sobre una mesa cercana a la puerta había un peculiar cilindro metálico cuyo descubrimiento, hay quien opina, compensa con creces la desaparición del libro. Sin embargo, el Guardagujas no es en modo alguno uno de ellos. El cilindro tan solo plantea un centenar de preguntas nuevas sin responder ninguna. Tiene alrededor de un palmo de alto, algo menos de diámetro, y tres enchufes formando un triángulo isósceles en la superficie convexa de uno de los extremos. En cuanto a la composición del metal en sí, nunca será establecida, aunque se descubrirá que se ajusta a la de otras muestras anómalas recogidas en Roswell (Nuevo México) y Kecksburg (Pensilvania). Ni las ampliaciones MEB $<100\times-15.000\times$, ni los análisis automáticos, mapeos de elementos y escaneos de zona mediante EDS les permitirán alcanzar resultados concluyentes.

El Guardagujas se estremeció al mirar el cilindro y se planteó, aunque por poco tiempo, la posibilidad de alquilar un barco de pesca y hundir el jodido cacharro en las profundidades del Pacífico más allá de la falla submarina de Coronado. Durante los largos años que le esperan por delante, la cobardía que detuvo su mano será una fuente continua de remordimientos. Y si... y si... y si...

Como si no lo supieras...

Tres noches después del descubrimiento del Days Inn, cuando los cadáveres de Drew Standish y Madeline Nightlinger yacen bien refrigerados en Nevada y el cilindro metálico ha desaparecido para siempre en las entrañas laberínticas de Dreamland, el Guardagujas —más que medio borracho— se rinde y llama a un número que Immacolata Sexton le dio aquella noche en Winslow, garabateado en el dorso de una servilleta de papel manchada de café. Había estado a punto de tirarlo a la basura; nunca tuvo la más mínima intención de recurrir a él. Ni por unas birras ni por amor ni por un montón de pasta. Pero en plena noche, a solas con sus pensamientos, recuerdos y miedos, a solas con la desesperación más profunda que jamás haya sentido, resulta que las intenciones se las lleva el viento. Ella contesta al cuarto toque. Su voz no es ni un ápice menos gélida de lo

que la recuerda.

—Lo encontró —asevera ella antes de que él haya tenido oportunidad de saludar siquiera.

—¿Cómo coño lo sabe?

—Un pajarito.

—Lo que usted diga —concede él echándose a reír—. Voy a dejarlo, voy a solicitar la jubilación anticipada. Creo que me dejarán marchar. Creo que Albany se da cuenta de que ya me han estrujado hasta sacar la última gota que van a conseguir sacar. Mi época gloriosa queda ya muy atrás.

Una larga pausa, y es el Guardagujas quien finalmente rompe el silencio.

—Esto no se ha terminado, ¿verdad?

—No. No se ha terminado. Acaba de empezar.

Aunque tiene el detalle de no hablarle de las calles por las que ella caminará en un Los Ángeles en ruinas a tan solo veintiocho años de distancia, ni de los batallones de fungiformes monstruosidades aladas volando a poca altura por encima de los rascacielos hechos añicos, ni de las naves negras.

—¿También está al tanto de lo de la *New Horizons*?

—Así es.

—Bien, entonces no hace falta que se lo cuente.

—Por si le sirve de consuelo, no había nada más que usted pudiese hacer. Y es posible que haya conseguido ganarnos un poco más de tiempo.

Otra pausa, tras de la cual él dice:

—Esa carta del tarot, la que encontramos clavada en la puerta principal de la vivienda del rancho...

—El Mundo.

—Sí, el Mundo. Usted es la bailarina, ¿verdad?

Él se mantiene atento y a la espera mientras ella enciende un cigarrillo.

—No más que cualquier otra persona. No más que usted. No más que esa pobre cría, Chloe, que Standish o que la camarera que nos sirvió café aquella noche en Arizona.

—¿Conserva la carta?

—No, está archivada en Barbican. A buen recaudo.

El Guardagujas va a la nevera a por cubitos, desprecinta una nueva botella de J&B y rellena su vaso.

—¿Quiere saber un secreto? —pregunta.

—Claro. Después de todo qué importa uno más.

—Esa noche querían que yo la matase. Querían que la matase y cogiera el maletín. Yo les quité la idea de la cabeza. Sigo sin saber realmente por qué, pero se la quité.

—Sí. Lo sé. Sin rencores. Sin resentimientos.

Él le hace otro par de preguntas, aunque carentes de trascendencia, y después ella es la primera en colgar. En Albany le va caer una de padre y muy señor mío por haber realizado esta llamada, pero que les den. Lo único que lamenta es que tras colgar no siente ni una pizca menos de miedo, ni una pizca menos de soledad.

Pero no es así como funciona, se recuerda a sí mismo. Ya lo sabías cuando te enrolaste. Esto nunca funciona así.

El Guardagujas se sienta ante el mirador de su apartamento en la sierra de Santa Mónica y bebe el *whisky* a sorbos mientras fuma y contempla el cielo. El halo naranja blanquecino de la contaminación lumínica solo permite vislumbrar un puñado de estrellas. Algo es algo. Seguro que más de lo que se merece.

Notas

[1] De *La profundidad del mar Amarillo (Between Here and the Yellow Sea)*, ed. Salamandra Black, traducción de Maia Figueroa. (Todas las notas a pie de página son de la traductora). <<

[1] Oddfellows es una sociedad masónica de carácter filantrópico con miembros en más de treinta países de todo el mundo. <<

[2] Línea de tren de alta velocidad que une Los Ángeles y Chicago. <<

[3] En español en el original. <<

[4] La «familia Manson» se instaló en el rancho Spahn, abandonado tras haber sido utilizado para rodar películas del oeste. <<

[5] «Bo y Peep» y «Doe y Ti» eran algunos de los nombres utilizados por los fundadores de la secta suicida Heaven's Gate (la Puerta del Cielo), cuyos treinta y nueve integrantes se quitaron la vida en 1997. <<

[6] Sobrenombre de la ciudad de Los Ángeles que se basa en la similitud del artículo «los» con la palabra inglesa *lost*, «perdidos». <<

[7] Este es otro sobrenombre de la ciudad de Los Ángeles. <<

[8] Tanto estos (*Rouge doctors have brought this specimen. 9, number 9, a man without terrors, only to find the night-watchman, unaware of his presence in the building*) como los que aparecen a continuación (*Take this brother, it may serve you well. Eldorado, if you become naked*) son versos sueltos pertenecientes a la canción de los Beatles «Revolution 9», incluida en el LP *The White Album*. <<

[9] *I know an old lady who swallowed a fly*, primer verso de una canción infantil popular en la que una anciana va tragando cada vez animales más grandes (mosca, araña, pájaro...) con la intención de que devoren al que previamente ha tragado. La canción termina con la muerte de la vieja. <<

[10] *Last of the Hobo Kings*, en inglés, es el título de una canción de Mary

Gauthier. <<

[11] *Blackbird singing in the dead of night, all your life, you were only waiting, take these broken arms.* Variación sobre algunos versos de la canción «Blackbird» de los Beatles, incluida en *The White Album*. <<

[12] *Seven for a secret never to be told*, verso de un popular poema infantil. <<

[13] *All Along the Watchtower*, en inglés, es el título de una canción de Bob Dylan. <<

[14] *The Puppet Motel*, en inglés, es el título de una canción de Laurie Anderson. <<

[15] Todos estos lugares se encuentran en las inmediaciones de la base Área 51, situada en el desierto de Nevada, y en las proximidades de la cual se realizaron pruebas nucleares. *Jumbled* significa «revuelto, embrollado»; *mercury*, «mercurio»; *yucca*, «yuca»; *fallout*, «lluvia radioactiva», y *paradise*, «paraíso». *Tikaboo* y *papoose* son términos de origen indio. <<

[16] *Dreamland*, «tierra de los sueños», es uno de los sobrenombres que recibe el Área 51. También es un territorio ficticio inventado por Howard Phillips Lovecraft, que aparece mencionado en varios de sus relatos. <<

[17] La voz está citando, con ligeras diferencias, unos versos del poema *La tierra baldía*, de T. S. Eliot. <<

[18] *For I have gazed in sleep / On things my memory scarce can keep...*

Estos dos versos se corresponden casi exactamente con parte del poema *A un soñador (To a Dreamer)*, de H. P. Lovecraft. Traducción de José María Nebreda (*La noche del océano y otros escritos inéditos*, ed. Edaf). <<

[19] *And as I look, I fain would know / The paths whereon thy dream-steps go, / The spectral realms that thou canst see / With eyes veiled from the world and me.* De *A un soñador (To a Dreamer)*, de H. P. Lovecraft. Véase nota anterior. <<

[20] *Desolation Row* y *Detonation Boulevard* son los títulos de dos canciones de Bob Dylan y The Sisters of Mercy, respectivamente. «El sendero de las agujas»

hace referencia a una frase de una de las primeras versiones del cuento tradicional de Caperucita Roja, en la que el lobo le pregunta a esta si para ir a casa de su abuelita va a tomar «el sendero de las agujas o el de los alfileres». <<

[21] El demonio de Jersey es una extraña criatura que, de acuerdo con la cultura popular estadounidense, habita al sur del estado de New Jersey. Bat Boy es un ser cruce entre vampiro y humano que protagonizó varias noticias del *Weekly World News*, periódico satírico nacido en 1979 que publicaba extravagantes noticias inventadas, en su mayoría relacionadas con lo paranormal o sobrenatural. <<

[22] *All those strange things that come and go as early warnings*, frase muy similar a un par de versos de la canción *Here Comes the Flood*, de Peter Gabriel. <<